

La Academia
para Jóvenes

El Estado Moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)

Javier
Garcíadiego





La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección
La **Academia** para **Jóvenes**

Benjamín Barajas

Editores

Alejandro García

Édgar Mena

Cuidado de la edición

Keshava R. Quintanar Cano

Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

El Estado Moderno
y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)

Garcíadiego, Javier, 1951-

El Estado Moderno y la Revolución Mexicana -- México: UNAM, Plantel Naucalpan, Academia Mexicana de la Lengua, 2019. 160 pp. (Colección La Academia para Jóvenes).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-1617-9 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98305-6-4 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: abril de 2019.

D.R. © UNAM 2019 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.
D.R. © 2019 Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, Florida, Delegación Álvaro Obregón, CP 01030, CDMX.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-1617-9 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98305-6-4 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Javier Garciadiego
El Estado Moderno
y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA, Javier Garcíadiego	13
Antecedentes y probables causas	17
El papel de los hacendados en el inicio de la lucha	23
Las clases medias y la revolución maderista	29
Las clases bajas en la revolución maderista	37
¿Cómo se realizó y triunfó la rebelión maderista?	45
¿Qué se ganó con la caída de don Porfirio?	53
Del éxito al fracaso	61
El dilema de Madero	67

La revancha contra la ilusión maderista	75
Los amigos del usurpador	81
Estalla la rebelión	89
Problemas y logros de la revolución constitucionalista	95
Desintegración <i>versus</i> fortalecimiento	103
La derrota del usurpador	109
Escisión revolucionaria	117
Avatares convencionistas	123
El nuevo Estado	129
El primer gobierno posrevolucionario	135
La caída de Carranza	143
Consecuencias básicas de la década revolucionaria	151

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de **La Academia para Jóvenes**, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la UNAM —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

Benjamín Barajas
Director de la Colección
La Academia para Jóvenes.

El Estado Moderno
y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)

Agradecimientos y dedicatoria

LA PUBLICACIÓN DE este texto, más que una simple reimpresión, es un auténtico *rescate* editorial. En efecto, aquí se recupera una de mis primeras publicaciones, que se remonta al 1986; o sea, se trata de un texto escrito hace más de treinta años. Sin embargo, al releerlo confirmé que no es un escrito envejecido; todo lo contrario, en él ya se encuentran algunas de las ideas sobre la Revolución Mexicana que aún sostengo de forma decidida.

Su historia es muy breve. Al regresar de mi doctorado en Historia en la Universidad de Chicago, bajo la dirección de Friedrich Katz, entré a trabajar a la UNAM como secretario académico de su Archivo Histórico y como docente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, cuyo Centro de Estudios Políticos organizó un prolongado programa bisemanal de radio, obviamente en Radio UNAM. El propósito era presentar una historia radiofónica del Estado mexicano, desde la Independencia hasta el pasado inmediato de aquellos días. El director de dicho Centro era el doctor Germán

Pérez Fernández del Castillo, animador y coordinador del proyecto. Por lo tanto, mi primer agradecimiento está dirigido al doctor Pérez Fernández del Castillo, por haber confiado en mí como participante.

Posteriormente, los numerosos programas (132) —la serie se prolongó por un par de años, entre julio de 1982 y abril de 1984— se publicaron en un libro de tres volúmenes,¹ muy bien acogidos entre los estudiantes universitarios y preparatorianos, incluyendo, claro está, los alumnos del entonces todavía joven Colegio de Ciencias y Humanidades. Desconozco cuando dejaron de reimprimirse aquellos volúmenes; desconozco si sigue existiendo la editorial El Caballito, y me imagino que ya no vive su propietario, don Manuel López Gallo, a quien dedico el segundo agradecimiento.

El tercero, pero sin duda el mayor, va dirigido a quienes hicieron posible que volviera a imprimirse mi texto, ahora en una coedición entre la Dirección del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, y la Academia Mexicana de la Lengua, por lo que mis agradecimientos van para el director del CCH, doctor Benjamín Barajas Sánchez, y a su equipo editorial, así como a don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua; Felipe Garrido, su director adjunto, y Alejandro Higashi, responsable de su gabinete

¹ *Evolución del Estado Mexicano*. México: Ediciones del Caballito, 1986. Los títulos de dichos volúmenes fueron “Formación”, 1810-1910; “Reestructuración”, 1910-1940, y “Consolidación” 1940-1983.

editorial. Estoy plenamente confiado de que el respaldo institucional del CCH hará que estas páginas vuelvan a ser leídas, sobre todo por los estudiantes del bachillerato de la UNAM. No es casual que el nombre de la colección donde se publica sea '**La Academia para Jóvenes**'.

El proyecto radiofónico original fue elaborado por una veintena de profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Mi parte se ubicaba al inicio del segundo volumen (pp. 19-108) y llevaba el título de "El Estado Moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)", el que obviamente aquí conserva. Estaba precedido por un texto sobre el Porfiriato, de mi colega y amiga Carmen Saez.² A su vez, lo seguía un texto de Álvaro Matute, colega y amigo recientemente fallecido, sobre la primera mitad del decenio de los 'veinte'.³ Otros colaboradores eran, para el siglo XIX, Luis Alberto de la Garza, Leonor Ludlow y Paz Consuelo Márquez Padilla; para el siglo XX, Juan Felipe Leal, Samuel León, Jacqueline Peschard, Cristina Puga, Ricardo Tirado, José Woldenberg y el propio Germán Pérez del Castillo, entre otros. A todos ellos mis mejores recuerdos y saludos. Fue un honor trabajar juntos en aquel proyecto.

Por último, los textos que todos escribimos fueron guiones, corregidos y leídos por colaboradores de Radio UNAM. Aún recuerdo las magníficas voces —una femeni-

² "Estado y política de conciliación en el siglo XIX" en vol. I, pp. 125-169.

³ "El último caudillo y el proceso de institucionalización" en vol. II, pp. 109-150.

na y otra masculina— que dieron vida a mis páginas. Yo nunca las habría podido leer igual. Obviamente, decidí conservar también el ‘estilo de guion radiofónico’; esto es, frases cortas y claras, con pocos nombres, pocas fechas y pocos datos estadísticos. Para unos lectores será una deficiencia; para otros les facilitará la lectura.

Muchos años después, y en relación a otro programa de radio en el que soy guionista y locutor a la vez,⁴ por lo que mi voz suena ‘al aire’, en un acto académico público se me acercó una señora que me dijo que era “una simple radioescucha” que sólo quería saludarme. Desgraciadamente no registré su nombre, pero recuerdo bien mi respuesta. Le dije que no existían los “simples radioescuchas”, pues ellos son el elemento más importante de cualquier programa radiofónico, ya sea verbal o musical. Es por ello que los historiadores hacemos programas de difusión histórica radiofónica. Por eso este libro⁵ está dedicado a mis nunca “simples radioescuchas” de ayer, hoy y mañana (el que espero sea fructífero y prolongado).

Javier Garcíadiego

Capilla Alfonsina / El Colegio Nacional

⁴ Al principio se le conocía como “Conversaciones sobre Historia”, aunque luego cambió su nombre por el de “Historia para Todos”. Ambos han sido transmitidos por el Instituto Mexicano de la Radio.

⁵ Agradezco la labor de cotejo hecha por Olivia Islas, Ariadna Muñoz y Omar Urbina.

Antecedentes y probables causas

CASI CUALQUIER ANÁLISIS o descripción de la Revolución Mexicana comienza con algunas breves reflexiones sobre las probables causas del estallido revolucionario que se dio en noviembre de 1910.

Sin lugar a dudas, lo más interesante de la cuestión es que si bien ahora pueden detectarse varias deficiencias del sistema porfirista, que explican y justifican la posición armada, para sus contemporáneos ésta fue una grandísima sorpresa.

En efecto, menos de tres meses antes del estallido, Porfirio Díaz celebraba con gran boato las fiestas del Centenario de la Independencia. Ello fue visto como el clímax de su gobierno y como la demostración más palpable de que México había entrado al grupo de naciones civilizadas, con paz y progreso.

Más aún, incluso sus enemigos reconocían que Díaz había logrado superar la crisis económica de

1907-1908; que el sector obrero había permanecido tranquilo después de las violentas represiones de 1906 y 1907, y que los opositores magonistas se encontraban en el exilio y sin mayor eco en el país, tal como lo había demostrado el fracaso de las rebeliones de 1906 y 1908.

En realidad, el único motivo de preocupación era la edad de don Porfirio, en quien descansaba, de hecho, la funcionalidad del sistema. Acaso habían sido inquietantes las desavenencias entre los grupos del círculo gobernante, pero para 1910 eso se había resuelto con el triunfo del grupo “científico” y el desvanecimiento de Bernardo Reyes y de sus seguidores.

Solamente un tal Francisco I. Madero, joven miembro de una acaudalada y prominente familia coahuilense, sin experiencia ni cuadros políticos, osaba insistir en su oposición al longevo gobernante. Muy pocos pensaban que Madero habría de acabar con Díaz; menos aún en la forma y el tiempo en que lo hizo. Sin embargo, a fines de 1910 principió una revolución que asoló al país por varios años, para concluir modificando sustancialmente su estructura sociopolítica.

Tradicionalmente se han aceptado varias causas del estallido de la Revolución. Las principales son la estructura agraria entonces imperante y el carácter dictatorial del gobierno de Díaz. No es posible negar el malestar y la motivación que estos problemas produjeron en varios y amplios sectores de la población.

Sin embargo, es evidente que había condiciones semejantes, y hasta peores, en otros países de América Latina, sin que hayan sufrido conmoción social alguna.

También se han aducido como probables causas de la Revolución el progreso económico, súbitamente detenido en 1907 y 1908, y el anquilosamiento del propio sistema político, controlado a todos los niveles y en todos los lugares por ancianos con muchos años en el puesto, reacios a cualquier tipo de renovación o cambio.

Del progreso económico podría argumentarse lo mismo: hubo otros países de América Latina que lograron por entonces avances en ese sentido, que sufrieron también las consecuencias de la crisis mundial de 1908, pero que no tuvieron una revolución. Algunos ejemplos son: Argentina, Uruguay y Chile. Lo importante es que estos países no eran gobernados dictatorialmente, todo lo contrario; por aquellos años experimentaron algunas formas democráticas, tales como el régimen de partidos, las elecciones libres o el parlamentarismo.

Con tales prácticas políticas, en dichos países se daban canales de participación y ascenso para la clase alta y para las emergentes clases medias, lo que no sucedió en México. Asimismo, hubo mayor tolerancia con las organizaciones de obreros, los que vieron en la lucha sindicalista el camino adecuado para conquistar sus objetivos, a diferencia de los mexicanos, que tuvieron que acudir a la alianza con otras clases y, en ocasiones, a otros tipos de lucha. Por ello no es casual

que la Revolución Mexicana tuviera gran contenido de lucha de clases medias y que el movimiento obrero, aunque escaso, tuviera cierta participación en ella.

Otra diferencia notable con estos países fue la estructura agraria. Ciertamente que en éstos también había latifundismo; empero, el grado de concentración no era el mismo. Es incuestionable la existencia en estos países sudamericanos de un considerable número de pequeños y medianos propietarios.

Además, si en Argentina y Chile también se dieron campañas militares para despojar a los indios de sus tierras para integrarlas a cierto modelo de explotación económica, sucedió que las tribus fueron casi exterminadas. En México, por el contrario, los pueblos subsistieron y mantuvieron su organización política y, con ello, su capacidad de lucha. El caso de los zapatistas de Morelos y de los yaquis sonorenses es muy ilustrativo.

Lo anterior permite pensar que la combinación de estos factores fue determinante en el estallido de la Revolución. Además, habría que agregar otros elementos. En primer lugar, el hecho de que en México el grupo gobernante sufriera una severa escisión al enfrentarse “científicos” y “reyistas”. Muchos de estos últimos habrían de participar en la Revolución.

Otro factor que coadyuvó al estallido de la Revolución fue la cercanía con Estados Unidos. Es incuestionable que para cualquier revolución se requieren

armas, pertrechos, refugio y espacio para labores de organización. La vecindad con la unión americana favoreció al movimiento armado.

Por muy especiales razones, Estados Unidos cumplió un papel fundamental en el estallido de nuestra Revolución. Una vez iniciada ésta, intentó influir en su curso, métodos y objetivos.

El papel de los hacendados en el inicio de la lucha

El inicio de la lucha

CONTRA LO QUE sostienen la versión oficial y la historiografía precientífica, la Revolución no fue un movimiento generalizado, ni social ni geográficamente. A excepción de efímeros brotes y movimientos tardíos y poco numerosos en buena parte del país, puede asegurarse que los principales movimientos antiporfiristas de 1910 y 1911 tuvieron lugar en los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango, Morelos y Guerrero.

Es preciso señalar que lo anterior no significa que todas estas entidades fueran pro maderistas. En Baja California, por ejemplo, se luchó contra Díaz bajo las banderas y la dirección de los magonistas, quienes aprovecharon la circunstancia de encontrarse exiliados en el país vecino. Además, no fue éste un movimiento sostenido por la población nativa, sino por mexicanos y norteamericanos del área de San Diego y Los Ángeles.

Asimismo, es un hecho que hubo movimientos antiporfiristas en el campo y en las ciudades. Entre éstas el más conocido es el de Aquiles Serdán, en la ciudad de Puebla. Otra lucha citadina descubierta fue la de Francisco Cosío Robelo, en la propia capital del país. También podrían mencionarse los brotes rurales en Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo y Zacatecas, aunque en este último estado la capital local fue tomada por Luis Moya.

Sin embargo, puede asegurarse que la revolución maderista fue esencialmente rural, y que tuvo como principales escenarios el estado de Chihuahua, el norte de Durango y partes de Sonora y Coahuila. Cuando mucho podrían agregarse los de Guerrero y Morelos. En Guerrero el movimiento fue dirigido por los hermanos Figueroa; en Morelos por Emiliano Zapata, aunque aún se debate sobre si este movimiento fue parte integral de la revolución maderista.

Después de hacer mención de las regiones donde la revolución maderista cobró auge, toca decir quién participó en ésta. Hasta hace pocos años se sostuvo que la revolución fue hecha por los peones; en fecha más reciente se ha dicho que la Mexicana fue una revolución de clases medias, demostrando lo falso o insuficiente de la primera de estas proposiciones. En rigor, la Revolución fue multclasista, y el predominio de cualquier clase varió por épocas y regiones.

Respecto a la participación en la Revolución mexicana de 1910 y 1911 es preciso insistir en que

fue, principalmente, una revolución rural. En efecto, salvo los casos mencionados de las ciudades de Puebla y México, ninguna otra acción urbana se destacó en la lucha antiporfirista. Más aún, en ambas ciudades se dieron sólo conspiraciones aisladas, siendo imposible hablar de movilizaciones masivas y generales.

Es más, en estos dos casos los movimientos respectivos fueron aplastados antes de estallar, por lo que puede concluirse que la lucha contra Díaz la hicieron los hombres del campo. Esto distingue a la Revolución mexicana de la francesa, la rusa y la cubana, en las que los alzamientos en París, Petrogrado, Santiago y La Habana, respectivamente, fueron tan importantes.

No pudo haber sido de otro modo, ya que para 1910 había en el país más de 12 millones de habitantes en el campo, de un total de 15. De ellos, los grandes hacendados no llegaban a mil cabezas de familia; rancheros o medianos propietarios eran casi medio millón; el número de peones y jornaleros era de más de tres millones. Para 1910 alrededor del 25 por ciento de la población económicamente activa del campo no poseía tierra alguna. Obviamente, la estructura agraria variaba de región en región y, por ende, las condiciones socioeconómicas y las posiciones políticas.

Sin embargo, por la participación sectorial en la Revolución, es de suponerse que en todos estos grupos sociales había descontento político y socioeconómico. Lo sorprendente es que el grupo aparentemente más

perjudicado, el de los peones, no haya participado en la Revolución con la intensidad que tanto se ha asegurado.

El malestar de varios grupos de la clase media y alta rural se confirma con la Revolución. Su principal dirigente, Madero, provenía de una riquísima familia coahuilense, cuya fortuna se originó en la agricultura. Es verdad que Madero acaudilló la lucha antiporfirista por sus ideales democráticos. Sin embargo, también es cierto que el hecho de que Díaz haya favorecido a una compañía extranjera con el usufructo de las necesarísimas aguas del río Nazas, molestó profundamente a muchos hacendados coahuilenses, entre ellos a los Madero. Otros hacendados coahuilenses se enfrentaron a Díaz por ser partidarios de Bernardo Reyes; tal fue el caso de Carranza.

En el estado de Sonora hubo también conocidos hacendados que participaron en la lucha contra don Porfirio. El más conocido fue José María Maytorena. Se oponía a Díaz por varias razones: era contrario al grupo de Torres, Izábal y Corral, que detentaba el poder en el estado; no se benefició de negocios con las compañías deslindadoras; además, se oponía a la política —del grupo de Corral— de enviar yaquis al sureste, como castigo, pues éstos le servían de apoyo político-militar y de fuerza de trabajo. Maytorena se afilió primero al reyismo y luego al maderismo. No fue el único hacendado sonorenses que lo hizo.

En Chihuahua la situación fue distinta, dado que el grupo de hacendados se reducía al clan Terrazas-Creel,

muy cercano a Díaz, no hubo un hacendado prominente que dirigiera la oposición contra don Porfirio. Esto explica que el principal dirigente maderista en el estado, Abraham González, proviniera de la clase media, inconforme con la hegemonía económica y política del terracismo.

El que hayan sido hacendados los principales dirigentes de la revolución maderista hizo que ésta tuviera un carácter muy singular, distinto al de casi todas las demás revoluciones habidas en el mundo. Sin embargo, este papel sólo lo jugaron los hacendados norteños, por razones muy peculiares.

Debido a los constantes ataques de indios bárbaros residentes en la faja fronteriza, los hacendados norteños tenían costumbre de colaborar con las demás clases sociales rurales para repeler al enemigo común. Además, la historia agraria en estas regiones no se distinguía por continuas usurpaciones por parte de los hacendados, salvo casos aislados muy recientes. Para los campesinos, peones, jornaleros y medianos propietarios, el hacendado no era el que les arrebatava las tierras, sino el que les daba trabajo, protección física y hasta orientación política en algunos casos.

Dada la lejanía con la capital del país y las deficiencias en las comunicaciones, el norte había gozado hasta entonces de una gran autonomía. Por ello los hacendados seguían jugando un papel similar al de los caudillos del siglo XIX. Sólo así se explica que las

otras clases sociales norteañas hayan acudido en 1910 y 1911, como tantas veces antes, al llamado a las armas de sus caudillos naturales, los hacendados.

Obviamente, esta curiosa relación social no imperaba en otras regiones del país. En Morelos, por ejemplo, los hacendados sí eran contrarios a los intereses agrarios de los pueblos libres, de los peones y de los jornaleros. Allí no había lugar a colaboración; todo lo contrario, la lucha contra los hacendados fue violentísima.

Por esto siguen siendo un enigma las razones que tuvo el zapatismo para adherirse al movimiento revolucionario del hacendado Madero y, posteriormente, confiar en él cuando llegó a la presidencia, así haya sido por breve tiempo.

Las clases medias y la revolución maderista

LO QUE PODRÍA llamarse clase media, tanto urbana como rural, se había distinguido desde principios del siglo por plantear demandas democráticas en diversos países latinoamericanos. Su ideología era liberal y se manifestaba principalmente contra el enorme papel que jugaba la Iglesia, el absolutismo político y los obstáculos económicos, y en pro de ciertas manifestaciones de nacionalismo.

México no era la excepción, desde principios del siglo y hasta la revolución maderista los movimientos antiporfiristas tenían una ideología liberal, tipo siglo XIX. No sólo eso: muchos opositores a Díaz eran descendientes de conocidos liberales. No es casual que uno de los primeros inconformes hay sido Camilo Arriaga, sobrino de Ponciano, constituyente del '57, pues se encontraba molesto por la creciente influencia de la Iglesia católica con el gobierno porfirista. Otro,

Fernando Iglesias Calderón, crítico de la dictadura, era hijo de don José María, rival de don Porfirio.

Hasta un hijo de Juárez, también llamado Benito, se opuso al porfirismo, como figura destacada del reyismo y como candidato independiente a la gubernatura de Oaxaca. Incluso los Flores Magón, jefes del único movimiento opositor con ideología no liberal sino anarquista, eran hijos de un militante juarista. Sin embargo, hay que recordar que su movimiento fue también liberal en un principio.

Igual que varios sectores de la clase media del continente, la mexicana, a excepción de los magonistas, se había limitado a participar en movimientos de oposición legal. Participó regional e intermitentemente en este tipo de movimientos, incrementando su acción a partir de 1909. Sin embargo, a finales de 1910 se tornó revolucionaria.

Sus apoyos a Reyes y a la campaña electoral de Madero son todavía ejemplos de movilización reformista: querían ciertos cambios, pero sin alianzas comprometedoras con otras clases ni modificaciones a fondo del sistema imperante. ¿Por qué entonces los sucesos de 1910 y 1911? ¿Por qué se adhirieron a Madero tantos reyistas desilusionados con su caudillo? ¿Por qué se pasó de la contienda electoral a la lucha armada, tan criticada por el mismo Madero?

Podría decirse que, de los países grandes del continente, México era el que sufría más severamente la

política norteamericana. Esto provocó un nacionalismo más pronunciado. Si los Madero y otros hacendados eran nacionalistas y contrarios a los favores de asignación de aguas y de tierras supuestamente baldías a compañías extranjeras, actitud semejante adoptaron muchos sectores de las clases medias.

Un caso que recurrentemente se ha mencionado como ejemplo de clasemediero urbano nacionalista es José Vasconcelos, abogado e intelectual cercano a Madero. Vasconcelos fue uno de los muchos empleados inconformes con sus patrones norteamericanos, molesto al ver que se le obstaculizaba el ascenso profesional y, por ende, social. Otro caso similar fue el de Roque González Garza, en un tiempo agente de ventas de prestigiada compañía norteamericana. Tal vez más importante fue su hermano Federico, de gran influencia política e ideológica en el maderismo.

No todos los maderistas de clase media tuvieron esencialmente motivaciones nacionalistas. Hubo también quien participó por inconformidades políticas y socioeconómicas. El caso más notable es el de Aquiles Serdán, quien mantenía una estrecha alianza con grupos obreros y campesinos de la zona de Puebla y Tlaxcala.

Otros miembros de la clase media, rural y urbana tuvieron preferentemente motivos económicos para enfrentarse a Díaz. Es un hecho que la crisis de 1907 y 1908 acabó con toda posibilidad de financiamiento para la mayoría de la clase media. A eso se debió en

gran parte el auge del reyismo y, posteriormente, el del maderismo. Sólo así se explica la colaboración de gente como Toribio Esquivel Obregón con Madero.

Es incuestionable la gran importancia que la clase media tuvo en la revolución maderista, tanto en aspectos políticos como militares. El maderista de clase media urbana de provincia más influyente fue Abraham González, cuya actuación fue de enorme valía. Fue nada menos que el intermediario que posibilitó la adhesión de Villa y otros líderes populares de Chihuahua al maderismo.

El mejor ejemplo de miembro de la clase media rural es Pascual Orozco, que vivía de transportar diversos productos y mercancías en la sierra occidental de Chihuahua. Su oficio lo obligaba a tener una amplísima red de relaciones con todos los pueblos y haciendas de la región, a conocer todos los caminos y vericuetos, y a manejar con suma destreza el caballo y las armas. No cabe duda que todo esto le fue de suma utilidad para, posteriormente, convertirse en el líder militar de la revolución maderista en Chihuahua. Los hermanos Figueroa, rancheros guerrerenses, fueron también pieza clave en el desarrollo de la revolución maderista en el sur del país.

Asimismo, y de creerle a un conocido hacendado porfirista, es muy factible que grupos como los de los comerciantes rurales se hayan enfrentado al sistema imperante. Su posición concreta era contra las tiendas de raya, que impedían el incremento de sus negocios.

Los arrieros y muleros constituían un grupo social que se mantuvo en auge hasta finales del siglo XIX, y que también fue afectado por el sistema porfirista. El ferrocarril vino a dejar a muchos de ellos sin *modus vivendi*. Sólo así se explica el gran número de arrieros y muleros que participaron en la Revolución. Orozco y Villa son sólo dos notables ejemplos.

Acaso los maestros rurales y de provincia, junto con algunos profesionistas liberales, fueron el sector de la clase media más notoriamente antiporfirista. Los nombres de Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Alberto Carrera Torres, entre muchos otros, son de sobra conocidos. Puede decirse que la lucha contra don Porfirio es impensable sin ellos.

Antes del movimiento armado de 1910 y 1911, Madero había acaudillado una campaña electoral contra Díaz. Si se analizan las proposiciones de Madero, los lugares que visitó y el origen de sus colaboradores se tiene que aceptar que ése fue un movimiento con gran participación de la clase media urbana.

Esto no quiere decir, sin embargo, que en la etapa bélica hayan participado los mismos grupos sociales. En el periodo armado intervinieron varios sectores rurales, sobre todo muchos grupos populares, lo que provocó la aparición de líderes natos, como Francisco Villa, quien llegó a sustituir a Cástulo Herrera, un líder clasemediero de San Andrés, Chihuahua, incapaz para la lucha armada, como tantos otros de su tipo.

Algo similar sucedió con los hermanos Robles Domínguez, Alfredo y Gabriel, miembros de la clase media capitalina, a quienes Madero asignó la organización del movimiento armado en las regiones vecinas de la ciudad de México. La muerte de Serdán y el surgimiento del zapatismo, en buena medida independiente de su coordinación, limitaron sus labores. Puede decirse que los Robles Domínguez son representativos de un grupo social que se opuso políticamente al porfirismo pero que no habría de mantener su actividad e importancia a todo lo largo de la Revolución, ni a beneficiarse gran cosa con los nuevos gobiernos, debido a su más clásica ideología liberal.

Lo anterior permite afirmar que muchos de los miembros de las clases medias que participaron en las jornadas electorales maderistas de 1909 y 1910, no intervinieron en el movimiento armado que tuvo lugar meses después. Esto fue especialmente obvio en los de origen urbano, con algunas excepciones. No obstante, salvo el caso de los hacendados revolucionarios, podría decirse que la clase media fue la más beneficiada con la revolución maderista.

En efecto, el triunfo de Madero no trajo una gran reforma agraria, pero sí un nuevo aparato político-burocrático, con elecciones estatales y municipales más democráticas, lo que permitió una más amplia y justa asignación de recursos, tales como el agua, y lo que propició la aparición de la

vida política de gente como Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta, Félix Palavicini, José María Pino Suárez, Pablo González y Benjamín Hill, entre otros.

En las ciudades se abrieron los altos puestos político-burocráticos a muchos jóvenes hasta entonces permanentemente rechazados. Un buen ejemplo sería Luis Cabrera. Asimismo, se desplazó a varios de los anteriores gobernantes y políticos de las asociaciones y negocios con las compañías extranjeras. Vasconcelos pasó de empleado a dueño de bufete, el que pronto representó a varios intereses norteamericanos. La clase media urbana se benefició también con el auge del periodismo.

Es difícil precisar los beneficios que recibió no únicamente la capa notable sino el grueso de la clase media urbana. Para ello tendrían que conocerse las transformaciones que con la caída de Díaz sufrió la burocracia porfirista. Sin embargo, en principio puede afirmarse que se reemplazó a los políticos, altos burócratas e ideólogos, pero no a la masa burocrática.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones. Una: que incluso los beneficios para la clase media urbana fueron relativos; dos: que hubo cierta continuidad en los aparatos de gobierno. Tal vez esto ayude a explicar la caída de Madero y la escasa oposición que ello provocó en la capital del país.

Las clases bajas en la revolución maderista

HASTA AQUÍ SE ha analizado la participación de los hacendados y de las clases medias, urbana y rural, en la revolución maderista. Toca ahora su turno a las clases bajas del campo y de las ciudades.

La versión tradicional sostiene que la Revolución fue un alzamiento generalizado de los peones y demás clase baja rural. Una versión crítica y objetiva, que descansa más en estudios serios que en razones políticas e ideológicas, ha venido a negarlo. Con ello se vuelve a plantear la capital cuestión de ¿quiénes fueron las masas que hicieron la Revolución?

Es evidente que todo análisis de la Revolución tiene que hacerse por regiones. Gracias a ello se sabe que durante la revolución maderista hubo movilización campesina en buena parte de Morelos y en algunas zonas vecinas. Afortunadamente se cuenta con una imagen confiable en alto grado de la composición social de los ejércitos morelenses.

Con base en ésta se puede afirmar que los alzados provenían de pueblos “libres”, comunales, a los que las haciendas habían arrebatado gran parte de sus tierras. Los terratenientes morelenses se apropiaron de tierras ajenas motivados por la demanda internacional de su azúcar, debido a que la producción en Cuba y Puerto Rico se había desplomado por las luchas independentistas.

Conscientes de que la zafra sólo duraba pocos meses del año, y no deseosos de mantener a un número elevado de peones permanentemente, los hacendados buscaron siempre dejar parte de sus tierras a los pueblos. De esta manera sus habitantes tenían algo suyo que trabajar por cierto tiempo, pero se veían en la necesidad de buscar empleo temporal como jornaleros para completar sus medios de subsistencia.

Esto explica que la lucha en Morelos se haya dado teniendo como base la organización política de los pueblos, al mismo tiempo, justifica el encono con que éstos se enfrentaron a los hacendados.

La participación campesina en el movimiento maderista no fue tan homogénea ni tan decidida en el resto del país. Es más, salvo algunas tomas de haciendas y ataques a poblaciones del interior, no pude hablarse de algún otro movimiento estrictamente campesino. Ni siquiera de los grandes movimientos de Chihuahua y Durango, pues si bien fueron populares, no tenían un carácter estrictamente campesino.

Antes de la Revolución, en el campo mexicano había pueblos “libres”, tribus de indios, peones, jornaleros, vaqueros, arrendatarios, pequeños y medianos propietarios, además de los hacendados. En el centro y sur del país la estructura de clases era relativamente simple: se componía, principalmente, de hacendados, pueblos “libres” y peones. En el norte era mucho más compleja.

En efecto, en esta región del país era mucho más difícil el acasillamiento por deudas. La menor densidad de población y la competencia que por la mano de obra hacían Estados Unidos, las minas, la industria y los ferrocarriles, obligaron a los hacendados a ofrecer mejores condiciones de trabajo. Además, por obvias razones geográficas, esas extensas praderas obligaron al desarrollo de la ganadería, lo que se tradujo en una gran producción de vaqueros y pastores.

Ambos grupos habrían de tener gran participación en la Revolución. Se los permitió su insuperable manejo de armas y caballos y el no ser propietarios de tierra alguna —así fuera poca—, por lo que no quedaban limitados o impedidos de tener movilidad para prolongados y lejanos desplazamientos. Además, cuando en breve tiempo la Revolución acabó con los ganados, quedaron sin otro recurso que tomar las armas.

En el norte hubo otro numeroso grupo social con disposición y condiciones inmejorables para participar en la lucha armada. Desde la época colonial se había

fomentado la colonización de esas regiones, ofreciendo el gobierno acceso gratuito a la tierra y garantizando una gran democracia local, con tal de que los colonos enfrentaran militarmente a los indios bárbaros y a cualquier otro tipo de colonos ajenos a la corona española.

Sin embargo, a fines del siglo XIX se venció definitivamente a los indios bárbaros y llegó el ferrocarril. El resultado fue que, además de que los hacendados y el gobierno ya no requirieron de tales colonias militares, la tierra vio aumentar su precio.

El auge económico fue un incentivo para que comenzaran las usurpaciones de tierras en esas regiones. El creciente fortalecimiento del Estado y la reciente movilidad de las fuerzas represoras, por medio del ferrocarril, dieron la confianza necesaria a los terratenientes para enfrentarse a tribus, colonos militares y a otros tipos de propietarios.

Así se explica la lucha contra los indios yaquis, de Sonora. Como luego se vería en la Revolución, la campaña porfirista contra ellos los debilitó enormemente, pero no los derrotó. Así se explican también las usurpaciones de tierra a excolonias militares como Cuchillo Parado, Namiquipa y Janos, entre otras. No es casual que estas colonias, como casi todas las demás, hayan jugado tan importante papel en la Revolución. Indudablemente que contaban con motivación y con organización política; luego demostraron tener también la capacidad guerrera necesaria.

En la revolución de 1910 participó otro grupo social cuya existencia se reducía, casi exclusivamente, al norte: los jornaleros semi-agrícolas y semi-industriales. Ellos ocupaban parte de su tiempo en las plantaciones, y parte —a veces en Estados Unidos— en trabajos en las minas, en la construcción y operación de ferrocarriles y en algunas industrias.

Como los vaqueros y pastores, éstos tampoco tenían apego a un pedazo de tierra de su propiedad. Por ello podían incorporarse a casi cualquier movimiento revolucionario. Además, sus labores industriales y sus estadías en el país al norte del río Bravo les dieron capacidad político-organizativa y experiencia gremial.

Para desgracia de don Porfirio, catástrofes naturales y la crisis económica mundial afectaron tremendamente al numeroso sector de los jornaleros agrícola-industriales desde 1907. Para finales de 1910 muchos estaban desempleados. No es casual que en el distrito montañoso de Guerrero, Chihuahua, hubiera gran concentración de trabajadores agrícola-industriales, ni que hayan sufrido condiciones climatológicas en esos años. Como se sabe, Guerrero fue el foco de la revolución en Chihuahua.

Resumendo, se puede asegurar que a diferencia de Morelos y regiones vecinas, en el norte del país las masas revolucionarias no fueron compuestas por campesinos típicos. Esto le dio un sello muy característico a todo el proceso de la Revolución Mexicana. En efecto,

los vaqueros, pastores y jornaleros agrícola-industriales tenían aspiraciones diferentes a las de los campesinos. Lo mismo pueden decirse, aún en mayor medida, de los trabajadores industriales, mineros y del riel.

Esto fue más evidente en muchísimos braseros que, debido a la recesión económica estadounidense —cierre de minas, industrias— regresaron a México. Aventureros por naturaleza y sin medios de vida en el país —su éxodo es prueba de ello—, encontraron natural y atractivo el luchar contra Díaz. Recuérdense que la mayoría de ellos se fue al extranjero por la injusta estructura de propiedad agraria.

Cualesquiera que hayan sido las causas, para 1910 había gran descontento entre los diferentes grupos de *status* social bajo en el norte del país, lo que se tradujo en una participación masiva en la lucha. Más adelante se analizará cómo fue que se sujetaron, y hasta qué grado, al liderazgo de hacendados y miembros de la clase media.

Para terminar estas reflexiones, es conveniente señalar —aparte de los zapatistas— los principales grupos de extracción rural baja que pelearon contra Díaz. El pueblo de Cuchillo Parado, en lucha contra los hacendados desde 1903, fue el primero en tomar las armas, a las órdenes de su jefe nato, Toribio Ortega. También deben mencionarse Janos y su líder Porfirio Talamantes, y Bachíniva, con su líder campesino tradicional, Heliodoro Arias. Por su parte, Namiquipa fue el centro de la revolución en Chihuahua desde 1910.

Además de estos jefes y aguerridas excolonias militares, desde la etapa maderista de la Revolución participó Francisco Villa, que había sido aparcerero, vaquero y bandido. Otro más fue Benjamín Argumedo, jornalero de las plantaciones de algodón del norte de Durango. Un ejemplo de vaquero fue Fidel Ávila, luego hasta gobernador de Chihuahua.

La participación de las clases bajas urbanas es más difícil de precisar, ya que no ha sido objeto de investigaciones específicas. Sin embargo, todo parece indicar que no hubo muchas luchas, movilizaciones y motines en las ciudades por parte de lo que se podría llamar el “lumpen”.

El proletariado tampoco tuvo una actuación mayoritaria en la primera fase de la Revolución. Además de que era una clase joven, con poca experiencia política, su situación estaba lejos de ser desesperada. Asimismo, la represión sufrida pocos años antes había atemorizado al movimiento obrero. Para colmo, sus principales líderes estaban en prisión.

Sin embargo, sería necio tratar de negar su participación. Es evidente la simpatía por Madero en algunas zonas industriales, como el valle de Puebla. Pero lo cierto es que gran parte del movimiento obrero simpatizaba ideológicamente con el magonismo, por lo que no se adhirió al hacendado coahuilense. Los ejemplos de maderistas proletarios son pocos pero ilustres: Heriberto Jara es uno de ellos.

¿Cómo se realizó y triunfó la rebelión maderista?

UNA VEZ ANALIZADA, aunque sea someramente, la composición social del ejército maderista, se debe evaluar la actuación de los grupos participantes. Además, se debe examinar también la conducta del ejército y del gobierno porfiristas durante la lucha. Sólo así se puede explicar su derrota.

Como es sabido, el maderismo surgió del movimiento opositor en las elecciones locales en Coahuila de la primera década del siglo xx. Es justo decir que no fue éste el único del tipo: al menos en Morelos con la candidatura de Leyva, y en Sinaloa hubo fuertes movimientos similares.

Además, habían surgido movimientos opositoristas nacionales ajenos a la contienda electoral regional. El magonismo y el reyismo eran los principales. El primero estaba orientado a la clase obrera; el segundo, a la clase media urbana, fundamentalmente.

El maderismo fue el primero que buscó decididamente ganarse el apoyo de los hacendados y de los campesinos. Si bien la mayoría de los obreros y artesanos politizados siguieron simpatizando con el magonismo, un buen número de los reyistas se pasaron al maderismo, ante las indecisiones de su caudillo.

Por ello se puede afirmar que, por lo que se refiere al periodo electoral de 1909 y 1910, el maderismo se apoyó en algunos movimientos opositoristas locales y estatales, y en la organización nacional del reyismo. Una vez estallada la Revolución, el maderismo se enriqueció con muchos exmagonistas.

Lo anterior supone que el maderismo tuvo dos momentos. Desde finales de 1909 y durante la primera mitad de 1910, fue un movimiento de oposición electoral, dentro de las disposiciones legales. Es un lugar común decir que Madero no era buen político. Sin embargo, cualquiera que estudie con atención la campaña política anti-reeleccionista tendrá que aceptar que Madero no sólo era bueno, sino magnífico. Sólo con una grandísima habilidad política pudo organizar el movimiento antiporfirista en sus dos fases, legal y revolucionaria.

Sus principales logros fueron haber despertado a la opinión pública, en mucho gracias a su famoso libro sobre *La sucesión presidencial en 1910*, y haber movilizado a amplios y diversos sectores de la población a todo lo largo del país. Además, sólo un muy sagaz político podía incorporar a tantos militantes de los

otros movimientos opositores. Sin embargo, Madero los atrajo al demostrarles que era un auténtico caudillo nacional, decidido a triunfar y, lo que es más importante, con ciertas probabilidades de éxito.

Por si fuera poco lo anterior, Madero maniobró muy astutamente para que su movimiento fuera tolerado en un principio. En parte debido a que Díaz decidió acabar primero con el reyismo, y en parte debido a la fama de loco inofensivo que de Madero comenzó a circular, la verdad es que la represión contra él fue demasiado tardía, cuando el anti-reeleccionismo se hizo incontrolable.

Dos cosas son absolutamente notables. Una: que Madero mismo auspició esa campaña de aparente desprestigio de su persona, lo que demuestra que sabía tácticas políticas. La otra, la transformación de lucha electoral en lucha armada, donde habría de mostrar su capacidad de estratega.

Esta última cuestión es uno de los grandes enigmas de la Revolución. A mediados de 1910, y considerando los antecedentes, cualquiera habría asegurado que la Revolución, en caso de estallar, sería obra de los magonistas. Las razones aducibles serían que este grupo ya había llamado en otras ocasiones a la lucha armada, y que tenía una ideología más radical y una base social más homogénea y combativa.

El Partido Antirreeleccionista, en cambio, tenía una organización puramente electorera, y abjuraba

explícitamente de los métodos violentos. Además, su liderazgo era fundamentalmente de clases medias y altas. La mayoría de éstas no se había planteado —ni hubiera aceptado— participar en la lucha armada contra Díaz.

Sin embargo, el Partido Antirreeleccionista también fue receptáculo del antiporfirismo de muchos pueblos, en donde el movimiento tomó un cariz muy popular. Cuchillo Parado fue uno de ellos. De luchar contra los hacendados y el gobierno local desde principios de siglo, su líder Toribio Ortega los llevó a la contienda antirreeleccionista primero, y a la lucha armada después.

Este y muchos otros pueblos dieron al maderismo su contingente campesino. Necesariamente, también tuvo participación de clases populares urbanas. La alianza del líder poblano Aquiles Serdán con los trabajadores de la región es sin duda el mejor ejemplo.

Sin embargo, no fueron los mismos grupos sociales que conformaron al maderismo en su fase electoral que los que participaron en la etapa de la lucha armada. Hubo muchos personajes, pueblos y regiones, cuya oposición no pasó de lo estrictamente legal. Otros, en cambio, sin liga alguna previa con el maderismo, tomaron pronto las armas. Al efecto recuérdense a Pascual Orozco, Villa y Zapata.

La obligada participación de este tipo de hombres se debió a la imposibilidad de hacer una revolución sin una previa organización militar, y con militantes poco duchos para eventos y escenarios tan violentos.

El liderazgo de las clases altas y medias se redujo a los aspectos políticos y diplomáticos. El liderazgo en el campo de batalla fue tomado por líderes populares. El rápido ascenso de éstos dependió de sus éxitos militares y de su capacidad de incorporación y manejo de masas. Obviamente, esto trajo un cambio muy profundo: la etapa armada tuvo bases sociales y líderes de orígenes más populares que la fase electoral.

Si se recuerda que para derrotar a Díaz se necesitó de finales de noviembre de 1910 a finales de mayo de 1911, tendrá que aceptarse que Madero fue tan hábil líder militar como lo había sido en lo político. Por ello resulta tan ilustrativo analizar los mecanismos que Madero usó para dirigir la lucha contra don Porfirio.

En términos generales puede decirse que Madero sí logró imponer cierta organización militar en el norte del país, especialmente desde que salió de Estados Unidos para internarse en el territorio nacional, a mediados de febrero de 1911. Sin embargo, durante todos los meses de lucha hubo serios conflictos entre Madero y varios de sus recientes subalternos, especialmente con los de *status social* bajo.

Es de suponerse que la organización que pudo imponer Madero se debió a su prestigio político, ganado por haber encabezado la única verdadera cruzada democrática habida en el país en muchos años, aparentemente sin necesitarlo. Era el único que había “lanzado el guante” al viejo dictador, real y abiertamente. Otro

recurso utilizado por Madero para controlar la rebelión, además del consenso legitimizador y la simpatía internacional, fue el suministro de dinero y pertrechos.

Para explicarse el triunfo de Madero no basta resaltar su capacidad como líder político y militar. Es preciso considerar también otros elementos, el más importante es el estado tan lamentablemente en que se encontraba el ejército federal. Escindido en su interior por la política antirreyista de don Porfirio; con una oficialidad envejecida e incapaz; con gran corrupción, y con falta de espíritu en la tropa, la mayor parte de ella incorporada a las filas mediante la “leva”. Más grave aún, era un ejército sin buenos conocimientos técnicos, ni suficiente experiencia y práctica. Además, el armamento era deficiente.

Otros factores que intervinieron en la caída de Díaz fueron el anquilosamiento de su gobierno y su reciente enemistad con Estados Unidos. Como había tenido en las últimas fechas varios problemas con don Porfirio, Estados Unidos decidió apoyar a Madero, confiando que sería provechoso para México y no pondría en peligro los intereses norteamericanos.

Es evidente que en ese país se creyó que el movimiento maderista simplemente buscaba sustituir a Díaz por un gobernante democrático pero no radical, proveniente del sector ilustrado y capitalista del país. Se creyó también que, de apoyar su lucha, se obtendrían grandes beneficios.

Hay muchas pruebas de que Estados Unidos guardó una postura favorable a la revolución maderista: no aceptó inmediatamente solicitudes de extradición; no restringió la venta de armas; permitió la organización y el paso de expediciones rebeldes a un país con el que se tenían relaciones diplomáticas; se dieron préstamos a Madero, etc., etcétera.

Es indiscutible que el triunfo de Madero se explica únicamente con la conjugación de todos estos elementos: la debilidad de Díaz, el apoyo norteamericano y la capacidad de convocatoria y organización de Madero. Sin embargo, en un principio se pensó que la rebelión sería fácilmente derrotada. Recuérdese que el estallido programado para el 20 de noviembre virtualmente fracasó.

Es más, diciembre y enero fueron meses alentadores para don Porfirio. Su ejército se iba imponiendo. Sin embargo, a partir de la segunda quincena de febrero la situación comenzó a cambiar. La generalización de los estallidos de violencia tornó inmanejable la situación, que se fue agravando en marzo y abril.

Aunque no se le había derrotado totalmente, el ejército porfirista estaba imposibilitado de imponer nuevamente la paz. Asimismo, el movimiento maderista era incapaz de vencer definitivamente al ejército federal. Esto implicaba que permanecería por mucho tiempo el caótico y peligroso estado de guerra civil. Por ello tuvo que venir una solución política.

Todavía se discuten las razones que pudo tener don Porfirio para, aun con posibilidades de luchar, dejar su amadísimo puesto. Para unos fue su edad; para otros un dolor de muelas; hay quien dice que su gran patriotismo le impidió derramar sangre mexicana y poner en peligro la soberanía nacional, dadas las amenazas norteamericanas. Para mí que la razón fue otra: aunque viejo, Díaz era aún muy sensato; se dio cuenta que no había posibilidad de solución militar. Por ello optó por el arreglo político, buscando que no se destruyera el sistema que tan minuciosamente había construido, aunque el precio fuera el final de su largo mandato.

¿Qué se ganó con la caída de don Porfirio?

ANTE LA IMPOSIBILIDAD de una solución militar, Díaz y los rebeldes llegaron a un arreglo político, conocido como los Tratados de Ciudad Juárez, firmados en mayo de 1911.

Desde entonces dichos acuerdos han provocado enconadas polémicas. Para algunos maderistas eran la mejor posibilidad de asegurar el triunfo; para otros, en cambio, significaban el inicio de la contra-revolución, dadas las enormes concesiones que se hacían al gobierno y al ejército porfiristas. Las polémicas no se restringieron al bando revolucionario. Entre los porfiristas hubo también quienes discutieron el objetivo y conveniencia de los arreglos.

Para poder evaluar las consecuencias traídas por los Tratados de Ciudad Juárez, se debe primero pre-

guntar por qué Madero aceptó negociar la paz, incluso en contra de algunos de sus correligionarios. La principal razón parece ser militar: temió una dura reacción, debido a que el ejército porfirista aún no estaba totalmente derrotado.

Sin embargo, es evidente que también lo pudieron motivar razones socio-políticas. Tal vez Madero lo hizo por no confiar del todo en las fuerzas populares que luchaban por su nombre, algunas de las cuales ya habían dado serias muestras de indisciplina. Acaso lo hizo también con la idea de lograr una pronta paz, para evitar complicaciones internacionales.

Todo aquél que conozca la ideología de Madero encontrará comprensibles los arreglos de Ciudad Juárez, pues una idea constante en su pensamiento era la crítica a las revoluciones, puesto que nunca generaban mayores beneficios; Madero siempre advirtió que éstas traían aparejada, necesariamente, la terrible casta de los caudillos militares, que cobran con creces sus sacrificios y triunfos.

Asimismo, Madero creía firmemente que el mal del país residía en la existencia de la dictadura. Para él, desaparecida ésta e instaurado un gobierno legal y democrático, sobrevendría un proceso natural de mejoría en todos los aspectos de la vida nacional.

Esto explica su postura ante los mencionados tratados. En resumen, podría decirse que para Madero la Revolución había alcanzado sus principales objetivos

con lo pactado en Ciudad Juárez. Además, y lo que es muy importante, Madero mismo hubiera preferido lograrlos por métodos pacíficos.

Para él, la lucha armada fue un recurso último al que lo obligaron la intransigencia de Díaz y la radicalización de algunos movimientos populares en varias partes del país. Puede decirse que tan pronto estalló la Revolución, Madero sólo pensaba en controlarla y detenerla. Así, los Tratados de Ciudad Juárez fueron para él la posibilidad de evitar, a temprana hora, las distorsiones en que cae toda revolución.

Un asunto de suma importancia es ver la actitud de los diferentes grupos revolucionarios ante los Tratados de Ciudad Juárez. Primero que todo, es preciso aclarar que tales arreglos fueron hechos entre el gobierno porfirista y los ejércitos maderistas nortños. Ciertamente es que se trató de darles observancia nacional, pero es un hecho que su repercusión varió geográficamente y socialmente.

El número de revolucionarios nortños que atacaron el arreglo pacífico puede parecer sorprendente. Es sabido que los Vázquez Gómez, Venustiano Carranza y Luis Cabrera, entre otros, lo criticaron. Pero la suya fue simplemente una protesta, y minoritaria, además. La unidad revolucionaria no llegó a resquebrajarse. Sin embargo, debe aceptarse que allí comenzaron las divergencias.

La razón de la aceptación masiva de los mencionados tratados puede ser el número de concesiones dadas a los revolucionarios nortños. Estas fueron,

principalmente, la remoción de los gobernadores antipopulares, el retiro del ejército federal, la posibilidad de elegir gobiernos locales democráticos, lo que redundaría en favor de la comunidad en cuestión de impuestos, asignación de agua, etc., y la creación de nuevas fuerzas de seguridad, con exmaderistas. Estos cambios hacían a los revolucionarios el nuevo factor principal de poder en la región.

Además, los revolucionarios norteros no pedían el reparto agrario como condición *sine qua non* para depone las armas. Ellos no eran campesinos desposeídos; eran jornaleros, vaqueros, trabajadores industriales o desempleados. Así, su mayor beneficio fue la creación de Cuerpos Rurales con base en exrevolucionarios, en los que éstos encontraron un nuevo y más atractivo medio de vida.

En el sur, en cambio, donde sí se exigía una reforma agraria inmediata, las negociaciones no fueron vistas con buenos ojos, pues éstas no contemplaban cambios en la socioestructura rural. Peor aún, allí el ejército federal no fue retirado sino que se requirió, en cambio, el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias. Obviamente, los zapatistas se opusieron a ello.

En resumen, puede decirse que los Tratados de Ciudad Juárez sellaban el fin de don Porfirio pero no el fin del porfiriato, especialmente en algunas regiones ajenas al interés directo de los rebeldes maderistas. Los poderes Legislativo y Judicial no sufrieron alteraciones,

tanto a nivel federal como estatal; muchos gobernadores permanecieron en el puesto, al igual que todos los diputados y funcionarios judiciales. El ejército federal, aunque vencido, fue mantenido casi intacto. Obviamente, tampoco se modificó la estructura social del país. Las promesas hechas al campesinado en el Plan de San Luis Potosí fueron olvidadas, ni siquiera se abolió la semiesclavitud del peonaje por deudas.

Una de las cláusulas más criticadas de dichos tratados fue aquella por la que quedaba como presidente interino el ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, porfirista confeso, quien durante su reciente gestión como embajador en Estados Unidos había demostrado su odio a cualquier grupo revolucionario.

En principio, su gobierno tenía como principal objetivo el convocar, organizar y vigilar las nuevas elecciones nacionales. León de la Barra siempre insistió en que era absolutamente neutral y que se apegaría estrictamente a la ley, lo que le valió el mote de “presidente blanco”. Sin embargo, es un hecho que hizo todo lo que estuvo a su alcance para favorecer la sobrevivencia del antiguo régimen y para dificultar la consolidación del triunfo revolucionario.

Es muy conocida su agresivísima actitud contra los revolucionarios. Una de sus primeras decisiones fue exigir un licenciamiento absoluto e incondicional. Amenazó con que todo aquél que no entregara las

armas sería tratado como bandido. Por otro lado, durante su interinato hizo los mayores elogios posibles al ejército porfirista.

La mayor oposición al licenciamiento se dio en Morelos. Madero actuó como negociador, buscando una solución pacífica. De la Barra, en cambio, mantuvo una postura intransigente, al grado de poder ser considerada como provocadora. A pesar de la oposición de Madero, De la Barra envió a Morelos fuertes contingentes federales, a cuyo frente iba nada menos que Victoriano Huerta. De la Barra lo hizo en apoyo de los hacendados de Morelos, pues los zapatistas armados comenzaron a ocupar haciendas.

Huerta cumplió espléndidamente su encargo; incluso fue, por propia voluntad, más allá de lo ordenado. Se le hicieron graves cargos por provocar a los zapatistas cuando Madero se encontraba negociando con ellos. Su objetivo era dividir a los revolucionarios. No cabe duda que logró que Zapata y su gente desconfiaran de Madero, al grado de que se rebelaron formalmente contra éste a pocas semanas de haber sido instalado en la presidencia.

Otro motivo de disgusto fue que León de la Barra, aunque había prometido no hacer política sino limitarse simplemente a ser presidente interino, permanentemente auspició el fortalecimiento electoral de grupos y partidos antimaderistas. Algunos de éstos incluso pensaron en postularlo como su candidato.

Hubo otros partidarios suyos que le propusieron que impidiera, por una prolongación del interinato o por la fuerza, la llegada de Madero al poder. Esto no fue posible. Sin embargo, es indudable que el interinato de León de la Barra no fue precisamente “blanco”. En él se dieron situaciones que afectarían gravemente el curso de la Revolución, y que se hicieron evidentes tan pronto como Madero tomó el poder.

Del éxito al fracaso

“¡CUANDO MADERO LLEGÓ, hasta la tierra tembló!”. Así dice el corrido que narra el triunfo maderista, en referencia al sismo que sacudió a la ciudad de México cuando Madero llegó a ella, días después de haber vencido a don Porfirio.

El sacudimiento no fue únicamente físico, se cuenta que lo recibió una multitud delirante. Esta gran popularidad se manifestó en las elecciones, en la que Madero verdaderamente arrasó. Esto hizo pensar que tendría el apoyo de casi todo el país como garantía de su gobierno. Tan sólo restaba que mantuviera la hegemonía sobre los revolucionarios.

Sin embargo, esto no fue así. Desde los meses de lucha armada habían surgido las primeras divisiones entre los alzados antiporfiristas. Estas se acrecentaron notablemente durante el interinato de León de la Barra. Cuando Madero tomó la presidencia, a fines de 1911, ya estaba fatalmente enfrentado, por lo menos, con los Vázquez Gómez y los zapatistas.

Mucho se ha argumentado que todo se debió a limitaciones político-ideológicas de Madero; que nunca debió haber pactado en Ciudad Juárez; que debió haber “barrido”, de una vez, con todo el sistema porfirista; que debió haber tomado el poder inmediatamente; que debió haber repartido la tierra, etcétera, etcétera. Pedir esto de Madero es no entenderlo.

También se ha argumentado que si Madero fue un gran organizador y estrategia durante la campaña antirreeleccionista y la lucha armada, en cambio fue un pésimo presidente. Quizás esto último tenga algo de cierto. Sin embargo, la cuestión es más compleja.

Hay un patrón bien perceptible en el desarrollo de las principales revoluciones habidas en el mundo. Por él, lo sucedido en México deja de explicarse como causado por supuestos errores e incapacidades personales. La elevación y caída de Madero es, más bien, parte de un proceso natural.

En efecto, la historia nos enseña que los primeros gobiernos revolucionarios han sido de liberales provenientes de las clases altas, al frente de amplias coaliciones sociales. Así sucedió en Francia, en Mirabeau; en la Rusia de febrero de 1917, con el príncipe Lvov; en China, con Sun Yat Sen, y hasta en Cuba, con Manuel Urrutia y Miró Cardona.

Esta fase trajo, en todos estos casos, fundamentalmente cambios políticos que favorecían a las clases altas y medias; las reformas sociales para las masas

fueron entonces mínimas, o simples promesas. Otra característica de estos nuevos gobiernos fue haber sido derrocados en breve tiempo y sustituidos por grupos más progresistas. Por ejemplo, Mirabeau fue sustituido por los girondinos; el príncipe Lvov por su ministro de Justicia, Kerenski. Algo similar sucedió en China y Cuba.

México se apartó algo de la tendencia: Madero también cayó pronto, aunque no fue derribado por una facción más progresista, sino todo lo contrario. Posteriormente se tratarán de explicar los motivos de esta singularidad. Sin embargo, debe recordarse que sí hubo intentos de derrocarlo hechos por grupos más populares, como el zapatista o el orozquista.

Para principiar, podría decirse que el gobierno de Madero satisfizo a muy pocos. Los porfiristas no lo perdonaban, comprensiblemente; muchos revolucionarios se enemistaron con él; algunos simplemente se desilusionaron y dejaron de apoyarlo; otros volvieron a tomar las armas, acusándolo de traidor al movimiento.

Su gobierno fue criticado desde su instalación. Era un intento conciliador, conformado con algunos porfiristas, con revolucionarios, con neutrales o independientes, y con varios miembros de la familia Madero. Así, además de su ineficiencia, atrajo las críticas por el nepotismo.

Por ello las censuras fueron dirigidas a sus proyectos y a su individualidad. Para colmo, como por primera vez se gozó de una absoluta libertad de prensa,

después de muchos años de dictadura, ya fuera por venganza partidista o como resultado de no saber disfrutar y ejercer la libertad, el hecho es que las críticas fueron abundantes y desmedidas. La mayoría de ellas eran muy hirientes, y hechas en términos personales.

La conformación heterogénea no se redujo al gabinete del Ejecutivo. El Congreso tuvo legisladores favorables, neutrales y contrarios a él. Es conocida la oposición que le hicieron Nemesio García Naranjo, José Ma. Lozano, Querido Moheno y Francisco de Olaguíbel, conocidos como “el cuadrilátero”, no sólo por haber sido cuatro, e inseparables, sino tal vez también en honor a su violento antimaderismo.

Los ataques en la prensa y en las cámaras legisladoras obstaculizaron la buena marcha de su gobierno e influyeron en crear el clima propicio a su derrocamiento. Sin embargo, históricamente dignifican a Madero. Fue el precio que pagó por mantenerse fiel a su queridísimo ideal democrático.

Como ya se dijo, este tipo de gobierno de clase alta, liberal y democrático, no fue sustituido por una facción más progresista, sino por un “cuartelazo” del ejército federal, en el que tomaron participación fundamental, significativamente, un sobrino de don Porfirio, y los más decididos reyistas que, en 1909 y 1910, habían considerado imprescindible el fin del gobierno porfirista.

Esto permitiría suponer que Madero desarrolló una política radical. Sin embargo, no fue así. Es más, los

principales beneficiarios de su triunfo fueron algunos miembros de la clase alta y la clase media en general. Los primeros, porque los favores del gobierno dejaron de reducirse a la pequeñísima élite. Las clases medias, en tanto que pudieron llegar a puestos políticos y burocráticos, y gracias también a los nuevos lineamientos económicos, ya no tan distorsionados, especialmente en lo que se refiere a concesiones e impuestos.

Por otro lado, no puede decirse que las clases bajas no hayan obtenido provecho alguno. Sin embargo, desde la gratificación repartida al triunfo de la Revolución se vio que cualquier beneficio para éstas sería más bien magro. En todo caso, no fueron los mismos, pues el carácter de hacendado de Madero dio un sello a su gobierno. Mientras que al movimiento obrero le dio absoluta libertad de organización sindical, lo que aprovechó para obtener algunas mejorías económicas, la reforma agraria prometida en su Plan de San Luis Potosí no se llevó a cabo.

A lo anterior se debe agregar que Madero no atacó al ejército porfirista durante su gobierno, sino que lo complació. En resumen, no se aprecian motivos mayores para que fuera derrocado por los grupos que lo hicieron.

Por ello la cuestión a investigar son las verdaderas causas de su caída. Ya se vio que Madero no atacó mayormente a las clases altas ni a las principales instituciones porfiristas, y sin embargo, éstas lo derrocaron.

El malestar de las clases altas se debió al clima de inseguridad existente. En efecto, aunque Madero no

practicó una drástica repartición de latifundios, con el triunfo de la Revolución se impuso el principio de la necesidad de algún tipo de reforma agraria. Esto es, sólo faltaba quien la llevara a cabo, la idea ya había ganado su legitimización.

Por otro lado, en los campos de casi todo el país se vivieron tiempos violentos. En unos estados fue sólo una situación latente; en otros se tradujo en tomas de haciendas, movilizaciones políticas locales contra caciques y jefes políticos, y hasta en el surgimiento de algunas organizaciones gremiales, principalmente entre el proletariado agrícola. Sin embargo, lo grave fue que en algunos estados de la República, como Morelos, Chihuahua y Durango, sobrevinieron verdaderas rebeliones de carácter agrarista. Recuérdese que a finales de 1911 los zapatistas lanzaron su Plan de Ayala, con el que iniciaron su lucha contra Madero. Meses más tarde estalló el movimiento orozquista en el norte del país. Aunque breve, fue de grandes dimensiones. Lo anterior es prueba de que Madero había perdido el respaldo de los principales grupos populares que lo habían llevado al triunfo. Con ello Madero se quedaba sin bases sociales de apoyo. Para la segunda mitad de 1912 ya sólo tenía enemigos.

Otro importante apoyo que Madero perdió durante su gestión presidencial, y que actuó en forma drástica para que ésta acabara, fue el del gobierno y grupos de interés de Estados Unidos.

El dilema de Madero

COMO PRESIDENTE, MADERO no tuvo sino enemigos, porque inmediatamente se organizó la oposición de los intereses que habían sido afectados con la derrota de Díaz. Para colmo, muy pronto perdió el apoyo de tres de los más importantes factores de su triunfo: los rebeldes morelenses, en su totalidad; Chihuahua, en su mayoría, y Estados Unidos.

Por lo que se refiere a los primeros, tal oposición cobró sus formas más extremas en los movimientos de Bernardo Reyes y de Félix Díaz. Ambos pertenecían al ejército federal, pero su conducta, sorprendentemente, no hizo que Madero desconfiara gran cosa de esta institución. De estos dos, el primero en pronunciarse fue Reyes. Como se sabe, durante toda la primera década del siglo, Bernardo Reyes fue una de las dos opciones para suceder a Díaz; o el más prestigiado militar o el grupo de “los científicos”.

Dicha opción no era simple cuestión de grupos o de personalidades. Ambas significaban diferentes alternativas de desarrollo histórico. El grupo de civiles muy calificados conocido como “los científicos” proponía un país con un desarrollo económico dependiente de la inversión extranjera, con algunos mexicanos privilegiados como socios; los demás debían quedar satisfechos con tener empleo y con la oportunidad de progresar al contacto de seres naturalmente superiores.

Reyes, en cambio, representaba al aparato militar, así como las aspiraciones de una amplia clase media y de algunos sectores nacionalistas de la burguesía. Además, creía en un Estado fuerte, el que eventualmente podía proteger a los trabajadores, aunque fuera en grado mínimo, para así recibir su apoyo.

Como se recordará, durante 1908 y 1909 se vislumbró una probable oposición de Reyes a la enésima reelección de Díaz. Cuando menos, se presionó para que él fuera nominado para la vicepresidencia en lugar del “científico” Ramón Corral. Sin embargo don Bernardo no quiso enemistarse con su jefe, don Porfirio, y aceptó sin “chistar” una comisión fuera del país. Sus partidarios quedaron sin caudillo y muy desilusionados. Esto explica que muchos de ellos se pasaran al maderismo.

Equivocadamente, Díaz sobrevaloró el peligro que podía significar Reyes. Así, incluso ante el avance militar de la revolución maderista, prefirió mantenerlo

en Europa. Seguramente temió que don Bernardo llegara a entenderse con los alzados. Para su desgracia no calculó que su regreso hubiera significado una muy probable pérdida de apoyos para Madero y una revivificación del ejército federal.

Reyes volvió al país ya caído don Porfirio. La oposición electoral que no quiso hacer a éste, se decidió entonces a hacerla a Madero. Su actitud es comprensible: a uno le debía todo; a otro, nada. Sólo que Reyes no se percató de que su actitud en 1909 había acabado con todos sus seguidores. Peor aún, esto no le quedó claro ni con el arrollador triunfo electoral de Madero, quien tomó el poder en noviembre de 1911.

Exiliado en Estados Unidos, Reyes conspiró para derrocar a Madero. Para su desgracia tampoco contó con el apoyo del gobierno norteamericano, que le dificultó gravemente sus labores de organización.

Al penetrar en el país no encontró la respuesta que él esperaba. Madero, como hacendado nortño, pudo apelar en 1910 al apoyo de los grupos populares; Reyes, como exfuncionario y por muchas otras razones, estaba impedido de hacerlo. Curiosamente, el documento con el que formalmente se rebeló contra el gobierno se llamó “Plan de la Soledad” y, precisamente por encontrarse solo, prefirió entregarse en Linares, Nuevo León, el 25 de diciembre de 1911.

El caso de Félix Díaz fue distinto y es el ejemplo típico de la contrarrevolución acaudillada por un

miembro de la familia destronada. De haber triunfado, el reyismo no hubiera significado el renacimiento del sistema porfiriano. El sobrino de don Porfirio, en cambio, sí hubiera acariciado ese deseo.

Su intentona tuvo lugar en Veracruz, a mediados de 1912, y recibió un apoyo muy moderado. También fue vencido, siendo Félix condenado a muerte, pena que se conmutó por la de prisión ante diversas presiones del gobierno.

Reyes había sido trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco; Félix fue enviado a la penitenciaría de la ciudad de México. Cualquiera otro los hubiera pasado por las armas, pero desde entonces se hizo evidente que Madero estaba dispuesto a morir por su causa pero no a matar por ella.

Estos dos movimientos pusieron de manifiesto el resentimiento que los porfiristas y su ejército tenían a Madero. Sin embargo, ninguno de ellos fue peligroso militarmente, es más, en ambos casos el gobierno demostró fuerza, cohesión y solvencia.

Este no fue el caso de las rebeliones de los zapatistas y los orozquistas. Además de que evidenciaron la pérdida del liderazgo revolucionario por parte de Madero y las tremendas escisiones del movimiento, estas sí pusieron en cierto peligro a su gobierno. Puede asegurarse que ambos movimientos fueron los causantes de que el régimen maderista haya carecido siempre de estabilidad y tranquilidad.

Alrededor de un mes después de la inauguración de su mandato, Madero fue desconocido por el famosísimo Plan de Ayala. De hecho, las causas del enfrentamiento se dieron durante el interinato de De la Barra, siendo que Madero hizo todo lo posible por llegar a un arreglo pacífico. Sus propósitos de avenimiento se confirman con la designación de Felipe Ángeles como jefe de la campaña contra los zapatistas, en sustitución de Victoriano Huerta.

A pesar de los propósitos y actitudes de Madero y Ángeles, los zapatistas se mantuvieron en armas hasta el derrocamiento del primero. Indudablemente que este movimiento sí fue de serias consecuencias. En efecto, provocó enorme inquietud en los intereses extranjeros y en las clases propietarias del país. Éstos comenzaron a quejarse y a sufrir por la anarquía que desde entonces primó en casi toda la región circundante a la capital del país.

Además, el hombre y el método elegidos para hacer la campaña contra los zapatistas causaron un terrible enojo a los miembros del ejército federal, los que comenzaron a considerar a Madero como incapaz de tener en calma al país. Dicha actitud se vería reforzada meses después con las sucesivas rebeliones.

Los motivos de la rebelión zapatista fueron el intento por desarmar a los morelenses y la negativa del nuevo gobierno a practicar una reforma agraria como ellos la deseaban. En el caso de Chihuahua y

Durango lo fueron las paupérrimas gratificaciones a los participantes en la lucha armada y la magra mejoría en las condiciones socioeconómicas de los grupos populares nortños.

En marzo de 1912 Pascual Orozco decidió acaudillar un movimiento que integró diversos focos de oposición que en dicha región habían estallado en los meses inmediatamente anteriores. Como ejemplos pueden mencionarse el Plan de Santa Rosa, firmado a principios de año por José Inés Salazar y Braulio Hernández, y el movimiento de Emilio Vázquez Gómez, iniciado de manera algo confusa alrededor de febrero.

Hasta hoy se ha sostenido que la rebelión orozquista fue contrarrevolucionaria, con base en sus orígenes y objetivos últimos. Esta aseveración se ha apoyado en la participación de algunos miembros de conocidas familias terratenientes nortñas, incluyendo un joven miembro de la familia Terrazas, y en las colaboraciones económicas que ésta dio a través de supuestos impuestos forzosos.

A pesar de que éstos son hechos innegables, sería incorrecto ignorar el alto contenido popular de la rebelión orozquista, especialmente de la estallada en algunas regiones de Durango y Coahuila.

Como quiera que haya sido, la rebelión orozquista asoló gran parte del país por varios meses. Se logró vencerla gracias a Victoriano Huerta, quien recuperó así el prestigio del ejército federal, aunque no debe

menospreciarse la colaboración de los “irregulares”, exmaderistas que habían sido incorporados a los nuevos cuerpos rurales y que permanecieron leales al gobierno. Pancho Villa fue, sin duda, el más destacado.

Desde entonces quedó comprobado para los representantes de los gobiernos extranjeros y para grandes sectores de la población nacional que los revolucionarios, llámense Zapata, Orozco o Madero mismo, no eran sino elementos de caos y desorden, a diferencia del ejército federal. Indudablemente que la revaloración de la institución castrense fue clave para su desafío al gobierno en febrero del año siguiente.

Para Estados Unidos, además, Madero comenzó a ser un elemento transformador de las reglas de juego existentes en lo relativo a la estructura socioeconómica. Por ejemplo, molestó bastante el deseo de tasar la extracción de petróleo y la decisión de sustituir a los trabajadores ferrocarrileros de origen americano. Asimismo, no fueron vistos con buenos ojos los aumentos en los jornales agrícolas y en los salarios industriales, ni la creciente actividad sindical y el desarrollo de una ideología nacionalista.

Por todo esto, el ejército federal y el representante del gobierno norteamericano habrían de colaborar cuando se presentara la oportunidad de deponer a Madero.

La revancha contra la ilusión maderista

A PRIMERA VISTA, el gobierno de Madero tenía motivos para sentirse tranquilo al comenzar 1913. Durante el año anterior había derrotado a Félix Díaz y al movimiento orozquista. Al primero con gran facilidad; a los norteños en una guerra durísima que significó la recuperación de la confianza y el prestigio del ejército federal.

Parece que incluso había vencido ya los peores peligros de la rebelión zapatista, desde entonces endémica, cuando Madero fue violentamente derrocado. Los “enterados” opinaban que su caída era inevitable. Sin embargo, el momento preciso de su debacle resulta sorprendente y paradójico.

Los hechos son ampliamente conocidos. Rodolfo Reyes, representante de su padre, y algunos militares como Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, en favor de Félix Díaz, fraguaron una conspiración para liberar a ambos jefes e iniciar una rebelión contra Madero.

Supuestamente el líder del movimiento sería Reyes; el apoyo fundamental, obviamente, lo sería el ejército federal. Aunque Victoriano Huerta había dado claras muestras de su antipatía por Madero, no había aceptado comprometerse en este movimiento. Sin embargo, los hechos lo convertirían en el principal beneficiario y responsable, incluso por encima de Félix Díaz.

Sucedió que el 8 de febrero de 1913 se sublevaron algunas fuerzas, las que inmediatamente se dirigieron a poner en libertad a Reyes y a Félix. Una vez hecho eso, se encaminaron al Palacio Nacional con la suposición de que la guarnición los secundaría.

Indudablemente que pecaron de optimistas. Es más, puede decirse que su plan era conmovedoramente iluso. Ese error de cálculo costó la vida a Bernardo Reyes, que literalmente fue partido en dos por el fuego de metralla de las fuerzas de Lauro Villar, quienes se mantuvieron leales al presidente Madero.

Ante la férrea defensa de la guarnición del Palacio Nacional, Félix Díaz optó por retirarse a “La Ciudadela” con el resto de los sublevados. Para la desgracia de Madero, en la defensa de la sede del gobierno fue herido Villar, por lo que Victoriano Huerta fue nombrado jefe militar de la ciudad y responsable de acabar con la asonada.

Uno de los mayores enigmas de la historia de la Revolución es la razón de esta designación en favor de Huerta, pues Madero sabía lo poco confiable que era

éste; sin embargo, pudiera ser que no quisiera enemistarse aún más con el ejército federal a causa de un nombramiento que fuera violatorio de la ordenanza.

Tan consciente era Madero de lo delicado de la situación que inmediatamente intentó concentrar fuerzas reconocidamente leales en la capital. Su viaje a Morelos en busca de Felipe Ángeles es la mejor prueba de ello. Lo mismo puede decirse de sus comunicaciones a algunos gobernadores de su entera confianza.

A partir de ese día la ciudad de México vivió en angustia y zozobra permanentes, con ataques infructuosos contra “La Ciudadela”. A muchos podría sorprender el que este edificio no fuera fácilmente tomado, dado el menor número de fuerzas que lo ocupaban y la posibilidad de someterlas mediante un sitio riguroso.

La razón, que desde un principio se hizo evidente, es que los sublevados y los sitiadores, aparentemente leales, estaban en connivencia. Así, los ataques a “La Ciudadela” fueron diseñados precisamente para producir efectos contrarios, tales como sacrificar en embates suicidas a las fuerzas verdaderamente maderistas o provocar la angustia de los capitalinos y la exasperación de algunos diplomáticos.

A tan difícil situación se agregó inmediatamente la presión extranjera. En efecto, los representantes norteamericano e inglés comenzaron a demandar el cese del fuego, cualesquiera que fueran el procedimiento y

el resultado. Así, los gobiernos extranjeros empezaron a presionar en favor de un arreglo político, lo que evidentemente iba en contra y demérito de Madero.

A la problemática militar e internacional se sumó la crisis política interna. En efecto, el desafío armado fue aprovechado por no pocos políticos heredados del porfiriato para pedir la renuncia a Madero. Tal hicieron, por ejemplo, algunos miembros del Senado apoyados por varios diputados.

Mientras tanto, pasaban los días y la situación iba empeorando. El tiempo era determinante, pues mientras más tardara Madero en encontrarla, más presiones habría para que otros buscaran alternativas diferentes. Además, conforme pasaba el tiempo, Madero iba perdiendo el apoyo de las clases populares capitalinas, para quienes la situación se fue tornando cada vez más crítica.

El momento elegido por los interesados fue el día 18, cuando ya Madero, sus colaboradores y seguidores se mostraban exhaustos e incapaces de resolver el conflicto. Victoriano Huerta y Félix Díaz pactaron el cese al fuego en presencia de Henry Lane Wilson, el embajador norteamericano.

Obviamente el acuerdo consistía en mucho más que eso: Huerta dejaría de atacar a los sublevados pero procedería a aprehender a Madero y a Pino Suárez. Además, Huerta quedaría interinamente de presidente, con un gabinete que dejara satisfechos a ambos.

Félix Díaz obtuvo tan sólo el compromiso de que Huerta convocaría pronto a elecciones, en las que tendría que resultar triunfador el sobrino de don Porfirio. Únicamente se explica este repentino e inesperado predominio de Huerta por la concreta balanza de fuerzas y por la ubicación física de ambos: Félix Díaz estaba sitiado, mientras que de Huerta dependía la aprehensión de Madero o un ataque verdadero y definitivo contra “La Ciudadela”.

Inmediatamente después de firmarse el acuerdo, Huerta procedió a aprehender a Madero y a Pino Suárez. Al mismo tiempo, la soldadesca de “La Ciudadela” festejó su triunfo torturando y asesinando a un hermano del presidente, de nombre Gustavo, quien se dice les fue entregado por Huerta para sellar el pacto.

El presidente y el vicepresidente fueron mantenidos presos en el Palacio Nacional del día 19 al día 22. Ante las amenazas y las promesas de sus captores, presentaron ambos su renuncia, las que fueron inmediatamente aceptadas por casi la totalidad del Congreso.

Uno de los ofrecimientos era que, si renunciaba, se les respetaría la vida. Aún provoca estupor la confianza que pudieron haber tenido en los asesinos de Gustavo. Algunas gentes más realistas, como las esposas de los detenidos o el representante cubano, Márquez Sterling, se mostraron más desconfiados e insistieron ante varias instancias para que se les liberara y se les enviara al extranjero. Sus gestiones fueron inútiles, Huerta les

prestó oídos sordos y Wilson alegó estar incapacitado para inmiscuirse en asuntos de política interna. Ello hizo esperar lo peor de un momento a otro.

La muerte de los dos mártires tuvo lugar cuando fueron trasladados, inexplicablemente, a la penitenciaría de la Ciudad. Con gran cinismo Huerta declaró que murieron en una acción de armas, cuando un grupo de simpatizantes trató de liberarlos. La verdad es que fueron arteramente asesinados. Incluso se conocen los nombres de sus verdugos físicos. Su sacrificio, más que dar lugar a un nuevo gobierno, fue el pretexto para el inicio de una nueva etapa de la Revolución.

Los amigos del usurpador

TODOS ESTOS HECHOS se conocen como “La decena trágica”. A continuación se intentará describir y analizar los sucesos que siguieron a la instalación del régimen de Huerta, esto es: sus consecuencias.

Para continuar con el método utilizado para evaluar la crisis del porfiriato, la revolución y el gobierno maderistas, el examen se hará con base en análisis sociales y regionales. Asimismo, se buscará ubicar el asunto dentro de la situación internacional que encontró Huerta al hacerse del poder.

En principio puede decirse que Huerta recibió el apoyo de los sectores tradicionalmente beneficiados durante el porfiriato. En la capital del país inmediatamente lo apoyaron los políticos porfiristas, desplazados u obligados a conformar la oposición ante Madero.

Lo anterior no se refiere a los políticos más destacados, como gobernadores o miembros de sus longevos gabinetes. La mayoría de éstos se había ido

al exilio con don Porfirio. El apoyo y la colaboración a Huerta provino, principalmente, de los políticos porfiristas más jóvenes, quienes aún tenían arrestos para pelear por el dominio y control del país.

La mayoría de éstos se encontraba en el Congreso o en la prensa antimaderista. Como muestras representativas se puede mencionar a Rodolfo Reyes, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo, Manuel Calero y Jorge Vera Estañol, entre muchos otros. Sin embargo, sería injusto considerarlos como los típicos políticos de ideología porfirista cuya única particularidad fuera la edad.

En verdad, estos políticos jóvenes no pueden ser vistos como “científicos” puros. De hecho, algunos se consideraban “evolucionistas”. Esto es, aceptaban que México había tenido enormes transformaciones positivas durante las presidencias de don Porfirio; sin embargo, venían abogando por algunos cambios desde las postrimerías del porfiriato. Otros, como Reyes y Calero habían hecho duras críticas a “los científicos”.

Con todo, a diferencia de los revolucionarios, abjuraban de los métodos violentos y, principalmente, de que los cambios no fueran dirigidos por las clases que ellos consideraban superiores. De allí su oposición al maderismo. Vieron en éste la llegada al poder, por procedimientos bárbaros, de lo que consideraban la “canalla” y la “bazofia” del país.

El apoyo al régimen huertista de estos políticos jóvenes, que a la vez eran destacados intelectuales, le

dio una característica muy singular: mientras que por un lado era un gobierno usurpador, sustentado en una terrible violencia militar y policial, por el otro tenía un gabinete con profesionistas e intelectuales distinguidísimos. El apoyo no se redujo al selecto núcleo políticamente beneficiado, en general lo apoyaron, como grupo social, los capitalinos de clase media o alta.

Otra característica del gobierno de Huerta es que incluyó a todos los diferentes grupos políticos porfiristas. Se sustentó en felicistas, reyistas y “científicos” a pesar de las divisiones anteriores a 1910. Sin embargo, mucho de esto se debió tan sólo a los compromisos adquiridos durante “La decena trágica”, o a sus deseos de legitimar su gobierno ante la llamada clase decente del país y ante los representantes de gobiernos extranjeros.

Aún está por discutirse el peso específico de los civiles dentro de su gobierno. A pesar de que éstos predominaban en el gabinete, el principal factor de poder en el país era el ejército federal, que apoyó decididamente a Huerta. Acaso la única excepción de militar de alta graduación fue la del general Felipe Ángeles.

Otro grupo que apoyó el cuartelazo fue el clero católico, tanto el de alta como el de baja graduación. Es sabido que tan pronto tomó Huerta el poder, en la capital del país se ofició un *Te Deum* en su favor. El apoyo de la alta jerarquía eclesiástica perduró durante todo su gobierno, lo que propició una reacción anticlerical en muchos líderes constitucionalistas.

Por lo que se refiere a sectores más propiamente sociales, tenemos que el grupo de los terratenientes inmediatamente se alineó del lado del usurpador. Sus intereses eran comunes. Los hacendados ayudaron al financiamiento del gobierno y ejército huertistas, al tiempo que organizaban, localmente, numerosas defensas sociales. En correspondencia, Huerta nombró como ministro de Agricultura a Eduardo Tamariz, conocido por católico recalcitrante y como propietario de grandes extensiones.

Otros grupos sociales que inmediatamente lo apoyaron fueron los escasos industriales y los principales comerciantes. Lo mismo puede decirse de la burocracia porfirista que, si se acomodó a Madero, habría de sentirse más a gusto con Huerta y Félix Díaz.

Las anteriores bases sociales dan una imagen absolutamente oligárquica del régimen huertista, la cual no es cierta del todo. En efecto, Huerta trató desde un principio de darle cierto cariz popular a su gobierno, tan pronto tomó el poder, ofreció amnistía a los zapatistas y orozquistas, en armas contra Madero.

De los primeros, tan sólo “El Tuerto” Morales y algunos zapatistas periféricos o nominales, como Juan Andreu Almazán, aceptaron apoyar a Huerta, el grueso del ejército zapatista decidió continuar su lucha contra el gobierno central. Su rebelión no era personalista contra Madero sino por el control de la tierra y de la política local de sus pueblos, cosas que Huerta y los hacendados por ningún motivo les concederían.

Los orozquistas, en cambio, sí se aliaron a Huerta. Sabían que, por su infidelidad a Madero, no iban a ser aceptados por los demás revolucionarios norteros, quienes llevaban casi un año combatiéndolos, lo que no era el caso con los zapatistas, quienes por lo mismo podrían continuar con su rebeldía autónoma e independiente. Para los orozquistas no había alternativa. Además, su principal objetivo no era la tierra. Hacer de las armas su *modus vivendi* les resultaba más que atractivo.

Fue así como, a menos de un mes del cuartelazo de febrero de 1913, Pascual Orozco, Benjamín Argumedo, “Cheche” Campos y otros líderes “colorados”, dieron a Huerta su importante apoyo. Este habría de ser clave. Es más, muchos historiadores aseguran que la mayor oposición a la revolución constitucionalista la hicieron estos “irregulares” incorporados al ejército federal.

Contra lo que pudiera pensarse, la aportación del orozquismo no se redujo a la cuestión militar. Como ya se dijo, al menos al principio Huerta se comprometió a conformar un gobierno de coalición con todos los antimaderistas. Por ello tuvo cabida el ideólogo orozquista David de la Fuente. Sin embargo, es difícil encontrar políticos progresistas no oportunistas durante su mandato.

Por lo que se refiere a los países acreditados diplomáticamente, desde un principio tuvieron el gobierno de Huerta, correcta y agudamente, como un producto de la intriga del representante norteamericano. Para

desgracia del usurpador, a dos semanas de llegado al poder hubo un cambio de administración en Estados Unidos. El presidente Taft fue sustituido por Woodrow Wilson, con ello, las políticas republicanas fueron sustituidas por las del Partido Demócrata. La primera consecuencia habida en México fue el cuestionamiento y el repudio a lo hecho por el representante del presidente anterior.

Desde que Woodrow Wilson asumió la presidencia desapareció el apoyo a la administración huertista. Para muchos esto se debió a la ideología democrática del nuevo mandatario, otros sostienen que lo hizo, más que por sus ideales, porque así convenían a los intereses de su país. La cuestión es todavía debatida con encono. Lo que está fuera de discusión es que Woodrow Wilson tuvo en los destinos del país un papel determinante.

Cualquiera que haya sido la causa, las relaciones entre Huerta y Woodrow Wilson fueron malas y tirantes desde el principio. Casi un año después de iniciadas sus mutuas fricciones habría de haber una intervención militar norteamericana en Veracruz como muestra de su oposición a Huerta. Es más, los simpatizantes de éste aún sostienen que Huerta cayó por el apoyo norteamericano a los constitucionalistas.

Fueron también muy importantes las actitudes que guardaron respecto al gobierno huertista otras tres potencias extranjeras: Gran Bretaña, Alemania y

Japón. Se puede decir que éstas apoyaron al usurpador, abierta o moderadamente, según el caso, desde que éste hizo evidente su oposición a Estados Unidos.

Sin embargo, sería incorrecto reducir esta cuestión a problemas puramente geopolíticos. Las diferentes posturas hacia Huerta no sólo dependían de la complicadísima coyuntura política internacional, en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial, sino también de los intereses económicos concretos de los diferentes gobiernos y compañías extranjeras.

Por ejemplo, Inglaterra simpatizó desde un principio con Huerta, pues vio en él la posibilidad de que México aminora sus relaciones económicas con Estados Unidos y volteara sus ojos a Europa, como había sucedido en los últimos años del porfiriato. Le preocupaban principalmente las relaciones de Madero con las compañías petroleras norteamericanas. No es casual que al día siguiente del fin de “La decena trágica” un representante del magnate petrolero inglés lord Cowdray haya ido a felicitar a Félix Díaz.

Sin embargo, ante la inminencia de un conflicto con Alemania, Inglaterra decidió no enemistarse del todo con Estados Unidos, su probable aliado, al competir por el predominio sobre México. Estos dos aspectos hicieron que la política inglesa hacia Huerta fuera tan contradictoria.

El caso de Alemania fue más sencillo, apoyó a Huerta pensando que éste podría enfrentarse a Esta-

dos Unidos, lo que le daría mayores probabilidades de éxito en sus pretensiones europeas. Su deseo era que Estados Unidos tuviera atadas las manos fuera de Europa por enojosos conflictos al sur de su frontera.

En términos generales podría decirse lo mismo de Japón, que deseaba a un Estados Unidos con preocupaciones inmediatas que le impedirían actuar en el Lejano Oriente.

Todos los aquí mencionados eran los principales amigos de Huerta. Además de Estados Unidos, su otro enemigo —y peor— era el pueblo de México casi por entero.

Estalla la rebelión

EN TÉRMINOS GENERALES puede decirse que los grupos sociales que hicieron y apoyaron el cuartelazo contra Madero pensaban que ése era el único medio de acabar con la anarquía que, según ellos, imperaba en el país.

El ser humano tiende a generalizar sus ideas, deseos e inquietudes; así, seguramente, pensaron que casi todo el pueblo mexicano aprobaría su decisión. Seguramente pensaban también que era generalizada la inconformidad con el régimen maderista.

Acaso volvieron a imperar las ideas anteriores a la entrevista Díaz-Creelman, de principios de 1908, en la que don Porfirio aseguró que el país estaba ya suficientemente preparado para elegir democráticamente a sus mandatarios. Acaso la Revolución y la agitación social imperante desde 1910 hicieron que aquellos hombres consideraran otra vez que México sólo podía gobernarse por medio de la fuerza.

Es imposible discurrir sobre cuál creyeron que sería la reacción a su cuartelazo. Sin embargo, puede asegurarse que Huerta confió en la fuerza y capacidad de su ejército y en el apoyo de los hacendados. Asimismo, creyó que las divisiones entre el elemento maderista eran tales que impedirían el surgimiento de cualquier reacción. Más importante aún, supo contar con el apoyo de los grupos populares antimaderistas y de los gobiernos extranjeros.

Para su desgracia, los zapatistas no lo apoyaron, sino que inmediatamente le declararon la guerra. A su vez, la simpatía del gobierno estadounidense le duró muy poco: él llegó al poder la última semana de febrero y para la segunda de marzo ya Taft había sido sustituido por Woodrow Wilson. Desde un principio éste repudió la política hacia México de su antecesor.

En todo caso, es evidente que Huerta pensó que muchos de los inconformes con el derrocamiento y muerte de Madero podrían ser convencidos por métodos sutiles, como prebendas políticas o económicas, o de plano con simples demostraciones de fuerza, suficientemente intimidatorias.

Indudablemente que ni por asomo se imaginó que los sucesos de “La decena trágica” habrían de provocar la reacción que tuvieron. Menos aún se imaginó sus consecuencias a mediano y largo plazo. Tranquilamente, el día que aprehendió a Madero y a Pino Suárez, el 18 de febrero de 1913, giró una

circular telegráfica a todos los gobernadores anunciándoles haberse hecho a cargo de la presidencia, con la anuencia del Congreso, ante la renuncia del presidente y del vicepresidente. Su confianza, o su cinismo, son impresionantes

Todo salió a pedir de boca, en un primer momento. La mayoría de los gobernantes contestaron de enterados. Algunos incluso lo felicitaron; varios lo reconocieron menos entusiastamente y otros guardaron significativo silencio. La excepción fue Venustiano Carranza, de Coahuila, quien abiertamente desconoció a Huerta y pidió a su Congreso local poderes extraordinarios en asuntos de Guerra y Hacienda.

Con ello, obviamente, Carranza demostró que se lanzaría a la lucha. Es un hecho que en los siguientes días tuvo conferencias con altos políticos huertistas. Muchos han dicho que pensaba reconocer al usurpador. Sin embargo, parece más plausible que tratara de ganar tiempo para concentrar a sus fuerzas y hacerse de recursos para iniciar la rebelión con mayores probabilidades de éxito.

En todo caso su postura se definió la primera semana de marzo, cuando se dio el primer combate entre fuerzas huertistas y carrancistas. Estas últimas se componían, fundamentalmente, de los veteranos de la revolución maderista que se habían incorporado a los nuevos cuerpos rurales o a las fuerzas organizadas estatalmente para combatir a los orozquistas.

Si esto sucedió en Coahuila, habría que preguntarse qué sucedió en Chihuahua, en Sonora y con todos los exmaderistas de los demás puntos del país. A los pocos días la actitud de Coahuila fue seguida por otras dos entidades, aunque en cada una de ellas el procedimiento tuvo particularidades propias.

Si en Coahuila fue encabezada por hacendados y miembros de la clase media, rural y urbana, como Carranza, Pablo González, Alfredo Breceda y Jacinto Treviño, la desaparición de Abraham González y la inexistencia de hacendados independientes hizo que la revolución en Chihuahua fuera dirigida por grupos de origen social más bajo.

El gobernador de Chihuahua, Abraham González, de origen social medio, fue de los que no contestó a Huerta. Su silencio, su sincero maderismo y el peligro político-militar que representaba, le costaron la vida. A los pocos días fue aprehendido y asesinado.

Debe recordarse, además, que Chihuahua había sido el teatro principal del orozquismo. Por ello hubo muchos que celebraron la caída del presidente mártir, tanto entre la clase alta —que giraba alrededor de los Terrazas— como entre las clases medias y bajas, base social del orozquismo. Por ello también fue Chihuahua donde la lucha fue más violenta: orozquistas y maderistas se odiaban desde 1912.

El líder de la rebelión en este estado fue Pancho Villa, quien a la muerte de Madero se encontraba exiliado

en Estados Unidos. La causa: durante la lucha contra el oroquismo Huerta lo había sentenciado a muerte por una falta a la disciplina militar. A instancias de Madero sólo se le puso en prisión, de la que se escapó, radicándose en el país del norte. Resulta comprensible, por lo mismo, la ferocidad con que luchó, en nombre de quien le salvó la vida, contra quien se la quiso quitar.

El caso de Sonora también tiene importantes peculiaridades. Allí el gobernador era el conocido hacendado antiporfirista José María Maytorena. Seguramente éste previó las consecuencias que traería el tomar otra vez las armas. A todas luces comprendió que la lucha sería para acabar, ahora sí, con las principales instituciones porfiristas, especialmente con su ejército y sus políticos, y acaso hasta con sus bases sociales.

El hacendado Maytorena no estaba en disposición de dirigir tal lucha. Ante sus indicaciones, fue sustituido por un político local, Ignacio Pesqueira, quien estaba apoyado por los grupos de clase media, veteranos del maderismo o de la lucha contra el oroquismo, como Salvador Alvarado y Álvaro Obregón, respectivamente.

Poco puede decirse de las otras regiones del país. Al menos durante los primeros meses la lucha contra Huerta tuvo al norte como escenario. En todo caso habría que incluir a Durango, en el que sólo parcialmente encabezaron la rebelión políticos maderistas de clase media, como Pastor Rouaix. Allí la lucha tomó, más bien, características populares, como en Chihuahua.

Los nombres de sus caudillos son la mejor prueba: Calixto Contreras, los hermanos Arrieta y Tomás Urbina.

Asimismo, en Zacatecas comenzó a operar Pánfilo Natera; en Tamaulipas, Lucio Blanco, Luis Caballero y Alberto Carrera Torres; además, pronto llegó a este estado Jesús Agustín Castro, cuyas fuerzas habían sido casi exterminadas en “La decena trágica”. En San Luis Potosí pronto estallaron dos movimientos: el de Juan Barragán y el de los hermanos Cedillo.

Por otro lado, recuérdese que Morelos había permanecido en lucha contra el gobierno central; los zapatistas sabían perfectamente quiénes eran Huerta, Félix Díaz y demás miembros del ejército federal. Aquel había hecho horrores en la región durante 1911, por lo que nunca lo hubieran apoyado. Incluso la posibilidad de la tregua era menos que remota.

Con el cuartelazo huertista no sólo se exacerbó la rebelión zapatista sino que cundió en las entidades vecinas. El caso más notable podría ser el de Tlaxcala. En varios otros estados hubo alzamientos de menor relevancia. Además, unos fomentaban a otros, y así sucesivamente.

La anarquía que los golpistas quisieron acabar pronto se vio tremendamente aumentada. A partir de marzo de 1913 cundió en el país la revolución más profunda y dramática de su historia.

Problemas y logros de la revolución constitucionalista

A FINES DE MARZO de 1913, alrededor de un mes después del primer choque entre huertistas y carrancistas, éstos lanzaron un plan firmado en la hacienda de Guadalupe, cercana a Monclova, en el estado de Coahuila, por lo que dicho plan tomó su nombre.

El principal objetivo manifestado era la restitución de un gobierno legal, según los preceptos de la Constitución de 1857. Para ello había que derrocar al régimen de Huerta, que por principio de cuentas fue desconocido. Al mismo tiempo, Carranza se autotombró primer jefe del ejército constitucionalista, con funciones de Poder Ejecutivo. Don Venustiano Carranza decidiría a partir de ese momento todas las cuestiones políticas, militares, diplomáticas, financieras; además, lo haría mediante decretos.

Su jefatura fue aceptada por los grupos revolucionarios de Chihuahua y Sonora. Gracias a ello, los

movimientos que sucesivamente estallaron en el resto del país se fueron sujetando al primer jefe. Sólo hubo una excepción: los zapatistas de Morelos.

En efecto, éstos jamás aceptaron el Plan de Guadalupe ni, por ende, el liderazgo de Carranza. Si bien no criticaron al movimiento constitucionalista durante la lucha contra Huerta, ni viceversa, la oposición zapatista seguía fundamentándose en su Plan de Ayala. Incluso podría decirse que desarrollaron una lucha paralela, con idénticos objetivos militares, pero sin colaboración alguna; los objetivos sociopolíticos eran diametralmente distintos.

Así, desde que Pascual Orozco aceptó colaborar con el usurpador, el Plan de Ayala dio el mando de la rebelión, a nivel nacional a su propio caudillo local: Zapata. El doble liderazgo revolucionario no causó mayores conflictos pues ningún grupo antihuertista de importancia reconoció a Zapata, y sí todos a don Venustiano. Con ello la lucha morelense se colocó al margen del movimiento constitucionalista.

Por su parte, al interior del movimiento constitucionalista se dieron pronto serios problemas. Los hubo de alcance local, estatal y nacional. Algunos se debieron a competencias por el poder o a diferencias sociales; otros a razones ideológicas o diferencias de opinión respecto a cómo hacer la Revolución. El caso más famoso es el conflicto entre Villa y Carranza, pero no fue el único. A reserva de analizar posteriormente este asunto

con más detenimiento, conviene pasar revista primero a otros antagonismos igualmente representativos.

Un ejemplo de conflicto estatal al interior del movimiento constitucionalista es el caso de San Luis Potosí. Allí operaron, por lo que aquí concierne, dos grupos antihuertistas: el de Juan Barragán y el de los hermanos Cedillo: Cleofas, Magdaleno y Saturnino. Barragán provenía de una familia de hacendados del rumbo de Ciudad del Maíz, y se dice que cuando ingresó a la Revolución al frente de una fuerza compuesta en buena parte por empleados suyos, a los que personalmente pertrechó. Por su parte, los Cedillo eran rancheros de la misma región, que antes de la Revolución ya habían tenido conflictos con los Barragán y con los demás hacendados del rumbo.

Así, al mismo tiempo que luchaban contra Huerta, entre ambos grupos se desarrolló otra guerra, velada, pero no menos importante, por el dominio del movimiento constitucionalista en la zona. Barragán se hizo muy cercano a Carranza, lo que le dio legalidad a su lucha. Los Cedillo, en cambio, mantuvieron cierta relación con el zapatismo. La disyuntiva era lucha popular o con liderazgo de hacendados. Es comprensible que don Venustiano haya apoyado esta última opción.

Otro conflicto importante se desarrolló en Tamaulipas, cuando Lucio Blanco llevó a cabo el primer reparto agrario de la revolución constitucionalista. La propiedad afectada fue la hacienda de Borregos,

al parecer de un miembro de la familia Díaz. Poco tiempo después, Blanco fue removido del noreste y enviado a servir bajo el mando de Obregón, a muchos kilómetros de distancia.

La mayoría de los historiadores sostiene que esto se debió al enojo de Carranza por tal reparto. En efecto, el Plan de Guadalupe no preveía medidas de este tipo. Don Venustiano siempre insistió en que la abstención al respecto buscaba el no enemistarse con muchos terratenientes nortños, evitando mayores obstáculos al movimiento. Lo cierto es que, con o sin repartos agrarios, la mayoría de los hacendados del país prefirieron apoyar a Huerta. Además, la actitud de Carranza no se debía del todo a razones estratégicas: por su origen social no apoyaba una reforma agraria radical.

Con todo, Carranza jamás hizo declaración alguna contra el reparto de Borregos. Haberlo hecho le hubiera costado gran parte del apoyo popular a su movimiento. Además, hay quien afirma que la salida de Lucio Blanco de la región tuvo otros motivos: sus conflictos personales con Pablo González. Parece ser que no se resignaba a ser subalterno de un militar tan incapaz, tan carente de iniciativa y tan falto de carisma. Se dice que llegó a impugnar abiertamente que Pablo González fuera enviado como jefe a la región de Tamaulipas y Nuevo León, cuando que no había podido triunfar en Coahuila.

Otro conflicto de importancia, e incluso de mayores consecuencias, fue el habido con Felipe Ángeles.

Como es de todos sabido, éste fue el único general federal que se opuso al derrocamiento y muerte de Madero. Dada su ascendencia y prestigio en el ejército federal, Huerta no podía matarlo, pues hubiera provocado una gran división en su principal soporte. Lo que sí hizo fue enviarlo comisionado a Europa. De allá regresó Ángeles, en octubre de 1913, para incorporarse a la lucha constitucionalista.

Sucedió entonces que Carranza le dio el puesto de subsecretario de Guerra, a lo que se opuso Obregón, pues lo consideró injusto para los que se habían incorporado a la rebelión desde un principio. Además, no creía prudente imponer a los revolucionarios un jefe procedente del ejército federal. Las terribles consecuencias de licenciamiento de las fuerzas maderistas en 1911 estaban aún muy frescas; tampoco se olvidaban los sucesos de Puebla, en julio de ese año.

Lo que no tuvo en cuenta Obregón fue que tal nombramiento estaba pensado para tener gran impacto en el ejército federal. Es muy probable que muchos de los que hasta entonces venían sosteniendo a Huerta se habrían pasado al constitucionalismo, al ver que el ejército carrancista no era sólo una “chusma de desarrapados”. Como quiera que sea, Ángeles se disgustó con la alta jerarquía carrancista y pidió ser adscrito a las fuerzas de Pancho Villa.

Fue precisamente con éste con quien Carranza tuvo los mayores disgustos. Muchos afirman que éstos

se debieron, precisamente, a las insidias de Ángeles. La verdad es que la causa era mucho más profunda. En el fondo ambos realizaban distintas revoluciones. Aunque Villa reconoció el liderazgo de Carranza, la composición social de sus fuerzas y sus objetivos y procedimientos de lucha eran muy distintos.

A esto debe agregarse que Villa contaba con una fuerza militar suficiente para desafiar a Carranza, una vez vencido Huerta. Desde fecha muy temprana hubo indicios de que, indefectiblemente, esto habría de suceder. A su vez, don Venustiano pensaba que, una vez derrocado Huerta, sería necesario meter en orden a Villa.

Para desgracia de Huerta, y contra lo que él había planeado, todos esos conflictos fueron resueltos, ocultados o simplemente pospuestos. Puede asegurarse que no tuvieron mayores consecuencias en la buena marcha político-militar de la lucha contra el gobierno usurpador.

Por lo pronto, hasta mediados de 1913, los federales sólo recibieron derrotas. No únicamente en Sonora y Chihuahua, donde las fuerzas armadas constitucionalistas pronto dominaron esos estados. Sucedió lo mismo en Coahuila, que aunque sede política del movimiento nunca fue el teatro de las principales batallas.

Puede decirse lo mismo de Durango, Tamaulipas, Nuevo León, Zacatecas, San Luis Potosí y, muy especialmente, de Morelos. La situación se hizo tan grave

que Huerta tuvo que sustituir, a principios de junio, al ministro de Guerra, el general Manuel Mondragón, por Aurelio Blanquet, de peor fama..., si esto es posible.

Aunque efímeramente, la medida le resultó a Huerta, pues comenzó a obtener algunos triunfos. El más importante fue la virtual recuperación de Coahuila, que obligó a Carranza a dirigirse a Sonora, y a Pablo González a operar en Nuevo León y Tamaulipas. Sin embargo, para octubre las fuerzas revolucionarias de Chihuahua, La Laguna y Sonora dominaban enteramente sus regiones. Es más, los sonorenses ya habían ampliado su dominio al estado de Sinaloa.

A finales de 1913 era ya previsible el resultado final de la lucha. Las divisiones entre los revolucionarios no impidieron el ir venciendo a Huerta en todas las líneas. Las fuerzas de éste estaban desmoralizadas y se reducían a acciones defensivas, con lo que se hacía imposible reconquistar los territorios ya perdidos. Además, su actitud defensiva sólo obstaculizaba la conquista de nuevas regiones por las fuerzas revolucionarias, pero no lo impedía.

El triunfo final era sólo cuestión de tiempo. Para su cabal explicación se requiere del análisis de factores económicos, políticos, sociales e internacionales, además de los estrictamente militares.

Desintegración versus fortalecimiento

EN EFECTO, EL avance de la revolución constitucionalista, que veía más o menos próximo su triunfo al principiar 1914, no fue resultado sólo de factores castrenses. Problemas de carácter político, financiero, socioeconómico y diplomático acabaron también con el régimen de Huerta.

Lo primero que hay que decir es que a la fuerza, determinación y relativa cohesión del ejército constitucionalista, Huerta sólo pudo oponer un ejército sin ambición de triunfo y carente de unidad. A la más mínima amenaza o presión, los jefes huertistas ordenaban la retirada. Por otro lado, la participación de los orozquistas, como irregulares, no fue la única causa de desunión. Afloraron pronto viejos resabios entre militares reyistas y felicistas. La renuncia de Mondragón a la Secretaría de Guerra es la mayor manifestación de ello.

Las divisiones no sólo se dieron en el ámbito militar. Acaso más graves lo fueron en lo político. Simplemente imagínese los efectos que tuvo el que Huerta se negara a cumplir con el Pacto de La Ciudadela, también conocido como Pacto de la Embajada.

Había prometido convocar prontamente a elecciones, en las que saldría triunfador Félix Díaz. Éste, para no desprestigiarse y para poder dedicarse a su campaña, no participó en el gabinete huertista. Sin embargo, Huerta le fue obstruyendo paulatinamente el camino: primero lo envió a Europa; luego intentó extenderle su comisión hasta el Oriente.

Aunque Díaz no pudo ir finalmente a Japón, al regresar a México encontró que todos sus partidarios miembros del gabinete habían sido sustituidos. Lo mismo se hizo con los gobernadores que no eran incondicionales absolutos de Huerta.

Como se sabe, Huerta permitió la existencia de un poder legislativo más o menos independiente durante los primeros meses de su gobierno. En aquella legislatura —la famosa xxvi— había algunos diputados maderistas que decidieron no tomar las armas, sino dificultar políticamente la marcha del gobierno huertista. Se les conoció como “el bloque renovador”.

Obviamente, en dicho congreso también había legisladores partidarios de Félix Díaz. Incluso llegaron a aliarse con los maderistas en algunas cuestiones, a partir del momento en que Huerta se lanzó contra

ambos. El enfrentamiento definitivo se dio en octubre, a raíz del caso Belisario Domínguez. Huerta disolvió el congreso, lo que le trajo consecuencias funestas.

Entre éstas habría que considerar su rompimiento definitivo con los felicistas y otros grupos políticos contrarios a la Revolución, como el de los católicos; el aumento de las filas constitucionalistas, al engrosarlas los diputados renovadores, lo que aumentó la legitimidad del movimiento constitucionalista; por último, la pérdida de todo vestigio de legalidad del usurpador. Más importante aún, aumentó la antipatía que le profesaba el régimen del presidente Wilson.

Para colmo, si bien Huerta no pospuso o suspendió las elecciones, realizó burdas maniobras para resultar favorecido. Su compañero de fórmula fue nada menos que su ministro de Guerra, el tristemente célebre Aurelio Blanquet. Era evidente la irregularidad del procedimiento y de los resultados. Para nacionales y extranjeros las elecciones de octubre de 1913 fueron una farsa.

Para finales de ese año Huerta no había logrado ni pacificar al país ni mejorar su imagen política. Al contrario, la Revolución avanzaba día a día y Huerta iba de descrédito en descrédito. Por su ambición personal y por sus métodos tan groseros —para decir lo menos—, pronto perdió el apoyo de la mayoría de los políticos e intelectuales antirrevolucionarios. Un buen número de sus colaboradores lo fueron por miedo, antes que por solidaridad social o convicción ideológica.

El desprestigio internacional tuvo sus efectos en los necesarísimos empréstitos del exterior. Este tipo de préstamos dependía, fundamentalmente, del reconocimiento diplomático. Como Huerta nunca tuvo el norteamericano, jamás pudo lograr cantidad alguna proveniente de ese país. Como es fácil de imaginar, las potencias europeas —como Alemania, Francia o Inglaterra— no estaban en posibilidad de allegarle grandes sumas. Además, Estados Unidos hizo todo lo que pudo para impedir que cualquiera de estos países ayudara a Huerta.

Por otro lado, Huerta no podía hacer recaer el peso del financiamiento de su gobierno en las clases acomodadas del país, pues perdería su único apoyo sociopolítico. Por otra parte, al perder el control del norte, perdió casi todo los ingresos aduanales. Antes de mediar 1914 perdió también las divisas por los derechos de la exportación del petróleo.

Todo esto permite afirmar que Huerta tuvo siempre graves carencias financieras, lo que se tradujo en un ejército mal pagado y peor pertrechado. Es indudable que, para 1914, el ejército constitucionalista tenía mejores recursos logísticos que el federal, lo que influyó en el resultado final de la contienda.

Fueron tan graves las carencias de Huerta que pronto tuvo que acudir a métodos tan odiosos como la conscripción obligatoria, mejor conocida como “leva”, y los préstamos forzosos. Huerta no calculó los efectos negativos de la “leva”: además de minar el

espíritu de cuerpo del ejército federal, las muchísimas deserciones agravaron su problema económico, pues el abandono de las filas implica armas, pertrechos y montura. Respecto a los préstamos forzosos, tampoco logró mayores éxitos.

La Revolución también enfrentó problemas financieros, pero los solucionó de manera bastante positiva. Se acudió igual que los huertistas, a ciertas confiscaciones para alojamiento, alimentos y forrajes. Sin embargo, las armas y municiones requerían de dinero en efectivo. Los carrancistas lo consiguieron a través del control de las aduanas fronterizas, por las que exportaban ganado, algodón y guayule. Otra forma de hacerse de dinero fue simplemente imprimiéndolo.

Posteriormente, y conforme aumentaron sus zonas de dominio, los ingresos de los carrancistas se incrementaron notablemente por el cobro de impuestos regulares y por los derechos a la exportación de petróleo. Para 1914, no cabe la menor duda, Huerta ya no tenía dinero para sostener la campaña. Carranza, en cambio, veía multiplicarse sus recursos.

Otra diferencia entre ambos contendientes fue que mientras a Huerta se le desintegraba paulatinamente su aparato de gobierno, don Venustiano logró conformar uno, así haya sido a su modo, suficientemente respetable. Como el dominio revolucionario en Sonora era absoluto para finales de 1913, Carranza estableció allí una capital más o menos estable.

Además, designó por entonces su primer gabinete. Aunque es notable la inexistencia de algunos ministerios, como Trabajo y Agricultura, el que un colaborador tuviera dos puestos, y el que ninguno tuviera el cargo de secretario sino tan sólo el de subsecretario encargado del despacho, lo que confirma el peso ejecutorio de Carranza, es evidente que todo esto era ya un germen de gobierno.

Lo anterior nos permite asegurar que se fue imponiendo a Huerta en todos los aspectos: militares, políticos, económicos y diplomáticos. El triunfo era cosa de tiempo.

La derrota del usurpador

LA PRIMERA MITAD del año de 1914 se caracterizó por el paulatino derrumbe del régimen usurpador. En el ámbito militar, es evidente el espíritu de derrota que corroía al ejército federal: abandono de plazas a defender, retiradas alarmantes, acusaciones mutuas entre los jefes del ejército, masivas deserciones, etcétera.

Para desgracia de Huerta, colaboradores y partidarios, no sólo los constitucionalistas, comenzaron a apresurar la caída del régimen usurpador. Desde finales de 1913 Estados Unidos estaba esperando la ocasión para actuar, violentando su derrumbe.

Su participación en el caso fue importante. Como ya se dijo, la mayoría de los simpatizantes de Huerta aseguran que la derrota de éste se debió más a la intervención norteamericana que a la pujanza revolucionaria. Es innegable que poco antes de que comenzara 1914 la administración de Woodrow Wilson dirigió a Huerta

un dramático ultimátum: o dejaba el puesto o actuaría de manera drástica. Es innegable, también, que después de esto Wilson no habría de limitarse a meras amenazas.

El usurpador decidió jugarse el todo por el todo en una hábil estratagema política. Según parece, permitió que la amenaza se conociera por la prensa, buscando con ello que se inflamaran los sentimientos patrióticos del pueblo mexicano. Un poco ingenuamente tal vez pero Huerta llegó a confiar en el fin de la lucha civil y en una repentina unidad nacional, con su gobierno al frente, para responder a las pretensiones norteamericanas.

Si la actitud de Wilson era contraria a los cánones diplomáticos y a los principios de autodeterminación de los pueblos, la de Huerta pecaba de oportunista e ilusa. Su severo nacionalismo era evidentemente falso: el pueblo no olvidaba que había llegado al poder mediante el apoyo del país que, paradójicamente, ahora lo presionaba para dejarlo. Además, los revolucionarios pronto declararon abiertamente que rechazaban todo tipo de intervención norteamericana, pero que por ningún motivo suspenderían su lucha contra Huerta.

Por otro lado, los revolucionarios se dieron cuenta que no era lo mismo que Huerta cayera vencido por ellos que por presiones internacionales. Su rechazo a la táctica de Washington se explica en este sentido. Si realmente deseaban imponer en el país el dominio de nuevos grupos sociales, con su ideología propia, tenían

que ser ellos los factores del triunfo. Era la única forma de legitimar el nuevo gobierno que deseaban establecer.

Como de hecho estaban triunfando, no consideraron prudente u oportuna la intervención de otros elementos. Para ellos, la ayuda que Estados Unidos podía brindarles era la venta de pertrechos sin restricción alguna. Así lo entendió Wilson, concediéndola desde principios de febrero de 1914. Como los constitucionalistas tenían el dinero necesario —o los productos a intercambiar— y el control de la mayoría de las aduanas norteañas, la suspensión del embargo de armas los benefició absolutamente.

Las consecuencias de dicha decisión no se hicieron esperar: Villa dominó absolutamente el estado de Chihuahua y, confiado por poseer las armas y municiones necesarias, comenzó su avance al sur. Su primer objetivo fue Torreón. Por las mismas razones Obregón pudo hacer lo mismo en el noroeste: dejó Navajoa para comenzar con las grandes cifras de kilómetros de campaña victoriosa. Asimismo, Pablo González se lanzó sobre Monterrey y Tampico.

Para los meses de abril y mayo estaban a punto de allanar tras diferentes caminos que conducían a la ciudad de México. González era dueño del noreste y estaba por abalanzarse al centro del país; Villa sólo esperaba la orden para atacar Zacatecas, y Álvaro Obregón, Guadalajara. En extremo desesperado y virtualmente perdido, Huerta decidió jugar su última

carta, provocando un conflicto con Estados Unidos, el que decidió ocupar Veracruz como represalia y para impedir cierto apoyo municionístico que Alemania intentó dar al usurpador.

Era tan crítica ya la situación de Huerta que puede asegurarse que si no cayó en mayo de 1914 fue por la relativa popularidad que le dio la invasión yanqui a Veracruz y por las serias divergencias que estallaron contra Villa y sus lugartenientes. El motivo del conflicto era que Carranza no deseaba que Villa fuera el héroe mayor, liberando la capital del país de las manos de Huerta.

Fue entonces cuando, debido a la amenaza villista y a la intervención norteamericana en Veracruz, los constitucionalistas decidieron apresurar su avance al centro y sur del país, para derrotar de una vez por todas a Huerta y a su ejército y para hacerse del gobierno federal. Por su ferviente nacionalismo, a Carranza le urgía tener la autoridad suficiente para negociar con los invasores su inmediata salida y el respeto irrestricto a la soberanía del país.

A pesar de la oposición de Carranza, Villa tuvo que intervenir en la toma de Zacatecas a finales de junio. Sin embargo, la relación entre villistas y carrancistas quedó muy erosionada. Como represalia, y como prueba del predominio político de don Venustiano, Villa fue relegado y obligado a permanecer en el norte. Mientras tanto, las fuerzas de Pablo González,

que estaban en Saltillo, se dirigieron a San Luis Potosí y Querétaro.

Por esos días Obregón tomó Guadalajara, después de vencer a los federales en Orendai. Luego de unas semanas que ocupó en destruir los restos de las fuerzas federales y en asegurar su línea de aprovisionamiento, Obregón se dirigió a la Ciudad de México, llegando a la población de Teoloyucan, en las inmediaciones de la capital, a principios de agosto.

No era ésta la única amenaza inmediata que pendía sobre los poderes federales y los habitantes de la ciudad en general. Al otro lado de ésta, por el sur, dominaban los zapatistas, quienes habían permanecido en lucha contra el usurpador, pero de manera independiente al movimiento constitucionalista. Para mayo de 1914 dominaban todo Morelos y buenas partes de Guerrero, Puebla y del Estado de México.

Zapata también esperaba el momento oportuno para ocupar la ciudad de México. No es que tuviera pretensiones de mando nacional, sino que creía que con dicha acción se respetarían para siempre los derechos de los campesinos de su región. Con esto sufrió Carranza, repetido y aumentado, el problema tenido con Villa: la amenaza de que fuerzas populares e independientes le ganaran la iniciativa y se adjudicaran el poder nacional.

Ante el doble peligro, el gobierno de Huerta comenzó a desintegrarse. Blanquet y otros militares salieron en comisión a Europa; algunos miembros

del gabinete renunciaron. El 15 de julio lo hizo el mismísimo Huerta, recayendo el Poder Ejecutivo en Francisco Carbajal, que había sido presidente de la Suprema Corte de Justicia con Huerta y luego removido a la Secretaría de Relaciones Exteriores, en obvia maniobra para suceder a éste.

La huida de Huerta explica las facilidades concedidas para que las fuerzas constitucionalistas pasaran de Guadalajara y San Luis Potosí a Teoloyucan. Los federales ya no oponían resistencia: su única preocupación era escapar y “salvar el pellejo”. Considerándolo menos salvaje que los zapatistas, Carbajal buscó llegar a un acuerdo con Carranza sobre la entrega de la ciudad y el respeto a los derrotados.

En un primer momento Carbajal solicitó demasiadas concesiones, lo que iba en desacuerdo con su condición de vencido. Obviamente fueron rechazadas sus pretensiones: Carranza no estaba dispuesto a no usufructuar y a desaprovechar una victoria que ya tenía en las manos. Lógicamente, ante una amenaza militar tan próxima y decidida como era Obregón, Carbajal finalmente aceptó rendirse sin condiciones mayores.

A mediados de agosto salió Carbajal al exilio con casi todos los políticos huertistas que aún no lo habían hecho. El 13 de agosto —por coincidencia el mismo día en que los conquistadores españoles tomaron Tenochtitlan— el gobernador capitalino entregó la ciudad a Obregón.

El acuerdo se firmó en los fanales de un automóvil. En pocas palabras, estos Tratados de Teoloyucan son el reconocimiento del triunfo absoluto de la revolución constitucionalista. Desparecía no sólo el gobierno de Huerta sino también el ejército que lo había apoyado. Igualmente se acordó que las fuerzas obregonistas que entraran en la capital defenderían ésta de los zapatistas.

Esto último es muy revelador. Tan pronto alcanzaron el triunfo, comenzaron las luchas entre los revolucionarios. Morelos no era el único teatro de conflictos. Lo mismo pasaba en Sonora y Chihuahua. Era un hecho que la revolución había triunfado sobre el antiguo régimen, pero aún no sobre sí misma.

Escisión revolucionaria

LAS ESCISIONES EN el bando revolucionario se dieron de principio a fin de la contienda. Por principio de cuentas es preciso insistir en que la cruenta lucha que se desarrolló entre carrancistas y villistas por un lado, y entre carrancistas y zapatistas por otro, una vez que todos en su conjunto derrotaron a Huerta, no es prueba ni de falta de ideología ni de exceso de ambiciones personales entre los revolucionarios mexicanos.

Tampoco confirma lo que tanto dijo la opinión pública contraria a la Revolución: que el pueblo de México era brutal y salvaje por naturaleza y la violencia algo inseparable de la vida política del país. La verdad es que este tipo de conflictos se ha dado, con sus variantes particulares, en casi todas las revoluciones habidas en el mundo.

Igual que la revolución francesa, la mexicana puede ser definida como la lucha contra su respectivo antiguo

régimen, hecha mediante la alianza de ciertos sectores de la burguesía y la gran mayoría del campesinado. Dicha alianza se dio más a nivel militar, e incluso político, que social. Aunque combatieron unidos, ambos grupos tenían diferentes motivos y objetivos. Estos últimos se fueron manifestando desde la campaña contra Huerta. Incluso dieron lugar a diferentes interpretaciones acerca de cómo llevar adelante esa guerra.

Por lo mismo, es comprensible que hayan surgido serias desavenencias desde un principio. Sin embargo, fueron resueltas o fueron pospuestas hasta después del triunfo total. Sin embargo, una vez vencido Huerta y el antiguo régimen, necesariamente tuvo que comenzar la lucha para ver cuál de los diferentes grupos sociales vencedores imponía al país su mando y proyecto histórico de desarrollo.

Esta tercera etapa de la Revolución, que aproximadamente abarca de finales de 1914 a finales de 1915, ha sido vista hasta hoy simplemente como el enfrentamiento de los carrancistas contra los ejércitos campesinos de Villa y Zapata. A reserva de limitar este análisis a las luchas habidas entre los que poco antes se habían unido para derrocar al usurpador, dejando para después el examen de otro tipo de movimientos surgidos también en esos años, se tiene que decir que la realidad fue mucho más compleja.

En efecto, resulta demasiado simplista esa versión que presenta un ejército de burgueses y miembros de la

clase media, dirigidos por un hacendado como Carranza, en lucha represiva contra los campesinos chihuahuenses y morelenses. Por principio de cuentas es preciso decir que, al menos por lo que respecta al villismo, éste contaba también con un buen número de dirigentes y participantes, para no hablar de simpatizantes, que no provenían de los sectores populares precisamente.

Al mismo tiempo, al menos por lo que respecta al norte, hubo varios jefes y grupos populares que prefirieron el liderazgo de Carranza y lucharon contra Villa. El caso más famoso es el de los hermanos Arrieta, duranguenses y veteranos de la revolución maderista. Otro, acaso más significativo, es el de Maclovio Herrera, mortal enemigo del “centauro duranguense”.

Asimismo, en 1914 y 1915, se desarrolló en Sonora una dura lucha en la que se enfrentaron las clases medias —rurales y urbanas— contra el sector de los hacendados revolucionarios. Esto es, por un lado los Obregón, Calles, Hill, De la Huerta y demás; por el otro, Maytorena. Es innegable que ambos grupos contaron con gran apoyo popular. Sin embargo, lo que hizo más intrincado el asunto fue que Villa apoyó precisamente al grupo de los hacendados.

Tampoco en el centro y sur del país la lucha fue tan dicotómica. Otro conflicto notable tuvo lugar en Tlaxcala, donde a finales de 1914 un numeroso grupo de campesinos se desligó del carrancismo y se lanzó a luchar contra él. Este fue el grupo comandado por

Domingo Arenas, campesino de la región de “La Malinche”. Sin embargo, otro grupo campesino tlaxcalteca, incluso más numeroso que el arenista, permaneció leal a Carranza y sostuvo una dura lucha contra los desafectos. La referencia es al grupo de Máximo Rojas, uno de los primeros revolucionarios del estado.

Todo lo anterior demuestra la enorme complejidad sociopolítica de las luchas sostenidas en 1914 y 1915 entre los revolucionarios. La única que puede considerarse socialmente simple fue la habida en Morelos, donde todos los zapatistas y la gran mayoría de los habitantes pacíficos del estado se opusieron a los carrancistas. Las clases altas no participaron, pues ya habían huido de la entidad.

Para una mejor comprensión de lo sucedido en el país en aquellos momentos habría que, por lo menos, precisar los orígenes sociales de los contendientes, rastrear los motivos políticos de la escisión y analizar ésta no sólo en su aspecto militar sino también a través de sus manifestaciones ideológicas y políticas.

Esto último es especialmente importante, pues los grupos contendientes alegaron siempre poseer la legalidad de la Revolución. Por un lado Carranza amplió las limitaciones cronológicas del Plan de Guadalupe, sustrato legal de la Revolución; por el otro, los desafectos a él aseguraban luchar en nombre de la Convención, a la que le otorgaron el carácter de soberana y que intentó modificar el liderazgo revolucionario.

Por lo que se refiere a los orígenes sociales, acaso sea suficiente lo dicho en los párrafos anteriores. En todo caso es pertinente insistir en la crítica a las interpretaciones maniqueas, imperantes hasta hoy que ven en este conflicto una lucha de clases exageradamente simple: los propietarios, con Carranza; los usurpados, contra Villa y Zapata. Aquí se intentó demostrar que esto, aunque cierto en última instancia, requiere de muchos matices y precisiones particulares.

El asunto de los motivos inmediatos del rompimiento es mucho más conocido. No se hará aquí, por lo mismo, un recuento de las dificultades habidas entre Carranza y Villa por un lado, y entre Carranza y Zapata por el otro. Respecto a Villa basta mencionar el fusilamiento del inglés Benton; los excesos e indisciplinas de las fuerzas villistas; sus exageradamente buenas relaciones con Estados Unidos, lo que molestaba mucho a Carranza, pues daba la apariencia de falta de mando; la imposición que éste hizo de Manuel Chao como gobernador de Chihuahua; y, principalmente, el asunto de la toma de Zacatecas, que pudo haber dividido fatalmente a los revolucionarios, justo antes del embate final contra Huerta.

Es más, a partir de este último conflicto quedó claro que tarde o temprano habrían de enfrentarse Villa y Carranza. Todavía hubo un intento de avenimiento, que se conoce como el Pacto de Torreón. Además de reconocerse mutuamente, Carranza se comprometió

allí a convocar a una junta de revolucionarios tan pronto se derrocaria a Huerta.

Esta junta fue lo que dio lugar a la Convención, en la que participarían, principalmente, villistas, zapatistas e independientes. Esta convención, hecha soberana por los anteriores, fue bandera de lucha contra Carranza y los que permanecieron leales a él.

Avatares convencionistas

UNAS SEMANAS DESPUÉS de haber ocupado la ciudad de México, Carranza convocó a la junta de revolucionarios, según lo acordado meses antes en los ya mencionados Pactos de Torreón. Supuestamente, dicha junta tendría carácter deliberativo y señalaría el rumbo futuro de la Revolución. Además, su objetivo inmediato era acabar con las fricciones y reinstaurar la paz entre los revolucionarios.

Sin embargo la situación era peor que grave. Si por un lado se convocaba a dicha junta, por otro se hacían preparativos militares para la inminente lucha. Es más, se tiene que reconocer que desde agosto habían comenzado los enfrentamientos entre las fuerzas de Maytorena y las de los constitucionalistas Calles y Hill en Sonora.

Seguramente, dado lo experimentado y pesimista de Carranza, éste esperaba lo peor de la junta convocada. No sólo Maytorena ya estaba en armas, sino que

Villa había declarado que lo apoyaría. Además, Villa intentó fusilar a Obregón cuando éste fue al norte como emisario de don Venustiano.

Como quiera que haya sido, durante los primeros días de octubre sesionaron, en la capital del país, poco menos de cien personas. Por estar en zona de dominio carrancista, no asistieron, en persona o representados, los jefes de la División del Norte. Esto no implica que fuera una reunión de incondicionales de Carranza. Tan no fue así que inmediatamente triunfó la idea de abandonar la capital. Además, al sobrevenir la lucha, más de la mitad de aquellos asistentes se lanzarían contra don Venustiano.

Al tiempo de trasladarse los delegados a Aguascalientes se incrementaron los preparativos militares, o de plano estallaron las primeras escaramuzas entre villistas y carrancistas. Esto no deslució el acto. Por el contrario, asistieron jefes militares, o representantes suyos, provenientes de todas partes del país.

Es más, la mayoría de los asistentes no era tan pesimista como Carranza. Todos confiaban en que allí resolverían, con el acuerdo de los diferentes grupos revolucionarios, los problemas del país. Para ello se decidió invitar y esperar a los delegados zapatistas, quienes no habían sido llamados por don Venustiano a las reuniones a efectuarse en México.

Fue entonces cuando los asistentes se abocaron a llevar adelante las reformas sociales que se requerían.

Carranza, por su parte, le negó atribuciones para el logro de la paz. El debate Carranza-Convención se fue agriando hasta que llegó el momento en que al primero se le pidió que dejara el mando de la Revolución, en el supuesto de que Villa y Zapata harían lo propio, como prueba de que no imperaban afanes personalistas. En un principio don Venustiano aceptó, y su postura fue aprovechada por la Convención para nombrar presidente a Eulalio Gutiérrez.

Sin embargo, en lugar de que se ordenara a Villa que volviera a la vida privada, éste se presentó en Aguascalientes con un extraordinario despliegue de fuerzas militares. Los delegados carrancistas inmediatamente se retiraron al darse cuenta que la pretendida neutralidad de la Convención era falsa.

Carranza sospechó que igualmente espúrea era la lealtad o neutralidad de muchos jefes militares, por lo que abandonó la capital del país para dirigirse a Veracruz, donde se encontraban su hermano Jesús, Francisco Coss y Cándido Aguilar, el jefe revolucionario más importante del estado, en quienes tenía confianza absoluta. Al mismo tiempo declaró que no entregaría el mando del país a una junta de militares que ni era soberana ni representaba a la Revolución, pero que en cambio estaba completamente dominada por Villa.

Sucedió entonces lo inevitable: la Convención declaró rebelde a Carranza, con lo que se inició formalmente la guerra llamada de facciones. Funda-

mentalmente, a Eulalio Gutiérrez, lo apoyaban fuerzas villistas, las que los primeros días de noviembre salieron de Aguascalientes rumbo al sur.

Carranza había ya abandonado la capital y su situación militar era preocupante. Contaba con cerca de 70 mil hombres; controlaba sólo el oriente del país y conservaba la lealtad de algunos jefes, mas no la de las fuerzas de éstos. (Recuérdese a Manuel Diéguez, Antonio I. Villareal, Luis Caballero y Maclovio Herrera.) Las fuerzas convencionistas, por su parte, incluían a las de Villa y Zapata, así como a las de muchos jefes independientes. Controlaban Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Michoacán, Aguascalientes y Morelos. Además de tener más hombres, tenían el control de los principales puntos fronterizos con Estados Unidos, lo que significaba dinero y pertrechos.

A pesar de la evidente desventaja, Carranza resultó vencedor. En un breve resumen de los sucesos militares habría que destacar que durante la primera mitad de 1915 hubo dominio villista y zapatista en la capital del país, hasta que los carrancistas los derrotaron a ambos. A unos los echaron de vuelta a su estado; a otros los derrotaron en el Bajío, en los famosos combates de Celaya.

Varios factores pueden explicar su triunfo. Los principales serían la mejor estrategia militar, lo que tenía que abonarse a Obregón; la mejor cohesión política y militar de sus fuerzas, superior a la simple suma de

grupos y tendencias contradictorias y en pugna que a la postre fue lo que resultó ser el convencionismo.

En efecto, la razón más aceptada para explicar su derrota sigue siendo la desunión real de Villa y Zapata. En efecto, en lugar de hacer una frente común contra Carranza, cada quien lo enfrentó a su modo, siendo ambos vencidos a la postre. ¿Por qué no se lanzaron juntos contra Veracruz cuando Carranza estaba allí arrinconado? Hay varias respuestas, una es de carácter sociológico: poco se podría esperar de ejércitos tan disímbolos, socialmente hablando. Otra es militar: Zapata no saldría de su región y Villa temía a las fuerzas carrancistas del norte y centro del país, que lo podían aislar cortándole sus suministros.

Otra razón es de índole financiera. Después de la larga lucha contra Huerta, en el norte quedaban pocos elementos exportables. Sin ganado ni algodón no se podía adquirir armamento, el que, para colmo, había subido de precio por el inicio de la guerra en Europa. Los carrancistas, en cambio, al dominar la costa oriental del país, tenían acceso al petróleo, lo que les daba recursos económicos suficientes.

Otra respuesta es de índole política. No sólo faltó unión entre Villa y Zapata, sino que, creciente y paulatinamente, fue desapareciendo la unión con los independientes. Como ejemplo recuérdese la huida que el presidente Gutiérrez tuvo que emprender para salvar el pellejo a principios de 1915. Por ello Villa tuvo que

combatir, además de los carrancistas, a sus ex-aliados nominales, los llamados independientes en la Convención, como Gutiérrez, Vasconcelos, Villareal y muchos otros.

Así se explican las derrotas sufridas por los villistas a partir de marzo de 1915. Chao y Urbina en el Ébano; Fierro en Jalisco y Villa mismo en Celaya. Para la segunda mitad del año habían regresado a sus zonas naturales de dominio, sólo que ya no en calidad de invictos. Con el tiempo, hasta en el norte habrían de ser derrotados por Carranza, por las divisiones internas y por la pérdida de apoyos sociales, económicos y diplomáticos.

Mientras se operaba contra los villistas y se protegía la línea de abastecimiento de Obregón, los zapatistas disfrutaron de cierta tranquilidad estratégica y controlaron el llamado gobierno de la Convención. Sin embargo, se le debe considerar cualquier cosa menos gobierno. Acaso era una junta de intelectuales prozapatistas pero nada más.

La victoria carrancista comenzó a consolidarse a finales de ese año de 1915. Causa y consecuencia de ello fue el reconocimiento de Carranza por parte de la administración de Woodrow Wilson como jefe de un gobierno *de facto*. Con esto comenzó, de hecho, una nueva etapa en la Revolución Mexicana.

El nuevo Estado

A FINALES DE 1915 el grupo constitucionalista era el vencedor en lo militar, lo político y lo diplomático. Desde agosto de ese año arrebataron a los zapatistas el control de la capital del país y continuaron derrotando a los villistas en su penoso regreso al norte. Además, demostraron lo que ninguna otra facción: unidad y proyecto nacional. Todo esto orilló a Woodrow Wilson a dejar de pensar en alternativas para México y a limitarse a reconocer al de Carranza como gobierno *de facto* a mediados de octubre.

Es preciso insistir en que el reconocimiento significaba eso, simplemente. No quería decir que la administración norteamericana apoyase o simpatizara con las políticas constitucionalistas. En rigor, sólo quería decir que reconocía que el grupo de Carranza era el vencedor y, por ende, el que tenía mejores posibilidades de dominar el país y erigirse en gobierno.

Esto último implicaba varias cosas. Primero que logra la pacificación a todo lo largo del territorio, venciendo principalmente a los ejércitos villistas y zapatistas, aún en armas y reacios a cualquier tipo de arreglo o rendición. Segundo, reconstruir a la brevedad posible las instituciones gubernativas. Esto es, crear un nuevo ejército con base en las tropas revolucionarias, dado que el ejército federal había sido disuelto en los Tratados de Teoloyucan. Asimismo, era necesario restablecer los aparatos político, burocrático y hasta diplomático que virtualmente habían desaparecido desde el régimen del usurpador Huerta. Para esto, Carranza contaba con parte de la antigua burocracia y con los colaboradores civiles de la Revolución.

Igualmente necesario resultaba el mejoramiento económico del país. Este había quedado prácticamente devastado después de tres años de durísima lucha. De principios de 1913 a finales de 1915 la riqueza del país, en lugar de acrecentarse, había sido prácticamente destrozada o consumida: no quedaban ganados ni campos en cultivos; las minas estaban abandonadas; lo mismo puede decirse de muchas industrias. Peor aún, la mayor parte del capital financiero y del capital humano había emigrado, para colmo, había desaparecido mucha fuerza de trabajo o se encontraba en funciones no productivas como las armas.

Junto con el problema económico venía el socio-político. Debido a las transformaciones en la es-

estructura social, causa y consecuencia de la Revolución, se tenían que redefinir las relaciones entre las clases sociales, así como las de éstas con el nuevo gobierno. De hecho, no se trataba de establecer simplemente un nuevo gobierno. Estas transformaciones en las relaciones sociales obligaban a crear un nuevo tipo de gobierno.

En este punto es donde más claramente se ve la superioridad de la facción carrancista y su mayor representatividad sociopolítica a nivel nacional. Asumieron correctamente su papel histórico de creadores del nuevo tipo de gobierno y diseñaron adecuados mecanismos para legitimar esos cambios. En un principio se hizo a través de una abigarrada jurisprudencia, en forma de decretos, conocida hoy como legislación preconstitucional.

Posteriormente se dispuso sobre todas estas transformaciones traídas por la Revolución en una nueva Constitución, discutida en diciembre de 1916 y enero de 1917. Como se dijo antes, en Estados Unidos se reconoció a Carranza, pero no se simpatizaba con todas sus políticas. Al ser éstas incorporadas a la nueva Constitución, se consolidó el último y más importante factor para la creación del nuevo Estado: la defensa de la soberanía del país.

Para no alterar el ritmo de la narración y el tipo de análisis, a continuación se buscará tan solo describir el marco histórico en que fue discutida y promulgada la nueva Constitución. Más que hacer una descripción detallada o una exposición doctrinal se buscará

replantear algunas de las hipótesis más difundidas respecto a dicha Constitución.

Por principio de cuentas, es impostergable adjudicar la paternidad de la Constitución a quién y a quiénes verdaderamente la merecen. La versión más difundida sostiene que el responsable de los artículos más avanzados fue Obregón, en tanto que a Carranza se le considera como el promotor de un proyecto de Constitución más conservador.

Esta idea descansa más en valores políticos que en verdades históricas. La causa es el cambio de alianzas políticas: en tanto que de 1920 a 1935 la política nacional fue dirigida por los sonorenses, muchos de los diputados constituyentes se manifestaron como partidarios de éstos, a pesar de que muchos no lo fueran, ciertamente, en 1916 y 1917. En rigor, habría que precisar quiénes eran procarrancistas en 1916 y 1917, y no definirlos según sus lealtades posteriores. Recuérdese que después de 1920 la mayoría de los revolucionarios abjuraron de don Venustiano.

Siguiendo esta proposición, resulta que los diputados involucrados en los artículos más radicales eran definitivamente procarrancistas. Un ejemplo es Francisco Múgica, firmante del Plan de Guadalupe, muy cercano a Pablo González y enemigo abierto y acérrimo de Obregón. Otro puede ser Pastor Rouaix, presidente de la comisión que redactó los artículos 27 y 123 entre otros, quien tenía toda la confianza

de don Venustiano, al grado de ser su ministro de Fomento y Agricultura por aquellos días. Un último ejemplo puede ser Heriberto Jara, a quien Carranza siempre dio puestos de mucha confianza, y quien fuera uno de los mayores defensores de los derechos del obrero en la asamblea constituyente.

Esta hipótesis puede confirmarse de varias maneras. La primera, atendiendo a la escasa presencia de diputados verdaderamente obregonistas en el Congreso. Además, es evidente la falta de apoyo, interés o intervención del propio Obregón en la convocatoria, preparación, instalación y debates de la mencionada asamblea. Su única injerencia abierta fue una carta contraria a la presencia de los diputados “renovadores” además de que no tenía facultades para rechazar representantes electos por el pueblo, recuérdese que muchos de estos “renovadores” fueron los que, precisamente, abanderaron más activamente los artículos radicales.

Otra manera de confirmarla es considerando toda la legislación decretada durante 1915 y 1916, en el llamado periodo preconstitucional. Ésta versó, entre otras cosas, sobre aspectos educativos, religiosos, agrarios, laborales, petroleros, etc. Basta aquí recordar la Ley del 6 de enero de 1915, producto del más carrancista de los revolucionarios, Luis Cabrera, evidente antecedente del artículo 27 constitucional.

Si nadie se atreve a negar la paternidad del grupo carrancista sobre esta ley, así como sobre otras muchas

disposiciones netamente progresistas de los mismos meses, y si hay evidente continuidad entre estos decretos y los artículos constitucionales, ¿cómo y por qué negar al grupo carrancista su gran influencia en éstos?

La última prueba confirmatoria es la mismísima creación de la nueva Constitución. Si se recuerda, la principal bandera de la revolución constitucionalista era la reinstauración de la Constitución de 1857. Así, Carranza estaba plenamente justificado de simplemente reponer en su vigencia aquella Constitución.

Sin embargo, fue el mismo grupo carrancista el que pospuso indefinidamente su vuelta a la vigencia, ante la oposición de grupos considerados más radicales, como el villista y el zapatista, que urgían a que se reinstaurara a la brevedad posible la vieja Constitución. Es más, fue nada menos que Félix Palavicini, uno de los colaboradores más cercanos de don Venustiano, quien desde 1915 insistió abiertamente en que la Constitución de 1857 era obsoleta, afirmando que lo que se necesitaba hacer con ella no era ponerla en vigor sino sustituirla.

Ojalá estas ideas susciten nuevas polémicas acerca del verdadero origen de la Constitución de 1917. Un tema de tal envergadura requiere de una profunda y serena investigación. Aquí sólo se buscó plantear las bases para iniciar tan importante debate político e historiográfico.

El primer gobierno posrevolucionario

CARRANZA GOBERNÓ COMO presidente constitucional apegándose a la Constitución de 1917. La obstinada defensa que hizo de ella es otra prueba de la simpatía que le tenía y del apoyo que le dio siempre la facción cercana a don Venustiano.

Todo lo anterior confirma la íntima relación habida entre Carranza, su grupo y la nueva Constitución. Esto no quiere decir que ésta haya sido producto únicamente del círculo cercano a don Venustiano. De hecho una revisión cuidadosa de los planteamientos ideológicos de todos los grupos participantes en la Revolución, así hayan sido principales o secundarios, centrales o periféricos, vencedores o vencidos, demuestra que en todos ellos había grandes similitudes.

En efecto, a pesar de diferencias de matiz, procedimiento o incluso sustantivas, todos los grupos participantes en la Revolución buscaban un país con

nuevas conductas y líderes políticos, y con una estructura socioeconómica más justa.

A pesar de este consenso, el reinicio de la vida legal, amparada en una Constitución que incluía todos los principales objetivos revolucionarios y que satisfacía las pretensiones de los más radicales para 1917, no fue hecho en un clima de paz y tranquilidad.

No es exagerado decir que el periodo legal de Carranza, de mayo de 1917 a mayo de 1920, ha sido el más difícil en la historia contemporánea del país. Los problemas fueron de toda índole: políticos, militares, económicos, sociales, internacionales e ideológicos.

Respecto a los económicos, basta señalar que Carranza tenía el compromiso de gobernar un país literalmente destruido por cuatro años de violentísima guerra civil. En el mejor de los casos, la actividad y la plataforma económica estaban paralizadas; en el peor, estaban destruidas.

Entre otras cosas, podría decirse que los campos de cultivo habían sido arrasados y que muchos campesinos habían cambiado el azadón por el fusil. La minería estaba también en malas condiciones: muchos mineros eran parte de los ejércitos carrancista o villista. Además, dado lo alejado de las minas, la mayoría de ellas se encontraban desprotegidas, siendo víctimas constantes de grupos de rebeldes y bandidos.

Asimismo, los años de lucha debilitaron enormemente al sistema ferrocarrilero, por lo que el comercio

se redujo al mínimo. Hubo lugares del país en que la economía casi volvió al nivel del autoconsumo.

Igualmente el sistema financiero se transformó gravemente: confiscados para sufragar la lucha o huidos al extranjero, el país se quedó sin capitales bancarios. Respecto a monedas y billetes, sólo había lo que constante pero irregularmente fue emitido por los diferentes grupos revolucionarios. Esto produjo no sólo inflación sino un auténtico caos.

Tan sólo un sector de la economía permaneció ajeno al retroceso: éste fue el petróleo, que tuvo años de gran auge. Sin embargo, Carranza no controlaba toda la región petrolera ni tenía el poder para imponer a las potencias interesadas nuevas reglas de juego. Así, no fue tanta la riqueza que a su gobierno le aportó la industria petrolífera.

Para colmo, el país y su gobierno cayeron en el peor de los descréditos, por lo que no se pudo recurrir a grandes préstamos internacionales. La burguesía mexicana tampoco le confiaba gran cosa. Además, aunque lo hubiera hecho, no era lo suficientemente solvente y capaz como para responsabilizarse o encabezar la recuperación nacional.

En una palabra, la situación económica que enfrentó Carranza en 1917 era gravísima. Además, formaba un círculo vicioso con los demás problemas del país: al no mejorar la situación económica muchos sectores de la población acudían a las armas; así disminuía la de por sí menguada fuerza de trabajo y el gobierno

tenía que destinar sus escasos recursos al aparato represivo en lugar de destinarlos al aparato productivo o a sortear la crisis. En conclusión, no podía lograrse el progreso sin paz y viceversa.

Sin lugar a dudas que el problema militar era igualmente grave. Simplemente recuérdese que estaban aún en armas los villistas y los zapatistas. Igualmente en rebelión estaban los grupos menores, como los carreristas y, sobre todo, los cedillistas, en Tamaulipas y San Luis Potosí, respectivamente, y el comando por José Inés Chávez García en Michoacán y zonas aledañas de Guanajuato y Jalisco.

Todos estos grupos tenían orígenes sociales más o menos populares. Sin embargo, don Venustiano también enfrentó la oposición armada de varios grupos regionales comandados por caudillos y propietarios notables de la localidad. Este aspecto es de suma importancia, pues desmiente esa versión que reduce a Carranza a represor de campesinos.

De hecho se enfrentó, y con el mismo ímpetu, a los beneficiados del porfiriato que se negaban a sujetarse a la nueva Constitución. Puede decirse que ésta resultó, para no pocos, en lugar de lazo de unión causa de rebelión. Desde principios de 1917, para muchos la vieja Constitución de 1857 se convirtió en bandera de lucha.

El más importante de estos grupos fue el comando por Félix Díaz. El sobrino de don Porfirio volvió al país en febrero de 1916, en una típica intentona contrarrevol-

lucionaria. Su aventura fue desastrosa al principio, fracasando en Oaxaca y Chiapas. Sin embargo, a partir de los primeros meses de 1917 su movimiento cobró un auge considerable en algunas partes del estado de Veracruz.

Permaneció en armas hasta la caída de Carranza, pero es obvio que su relativo fortalecimiento se debió a la promulgación de la nueva Constitución. Muchísimas personas que vieron sus intereses entonces sí amenazados se decidieron a apoyarlo. Lo mismo varios miembros del antiguo régimen, especialmente “científicos” y huertistas, que olvidaron pasadas diferencias para unirse y luchar contra la sustitución de la Constitución de 1857.

Otro grupo anticarrancista dirigido por propietarios agrícolas de la localidad fue el que luchó entre Tuxpan y Tampico. El caudillo era el conocido Manuel Peláez, cuya familia había arrendado sus predios a una compañía petrolera poco antes de que cundiera la Revolución.

Su caso no era único. Hubo varios más que vieron que la nueva legislación, nacionalista y estatizadora del subsuelo afectaba sus intereses. Lo mismo pensaron muchos empleados y trabajadores petroleros, que veían en los ataques a las compañías extranjeras una amenaza a su *modus vivendi*.

Fue así como se organizaron las fuerzas pelaeceistas, las que llegaron a contar con enormes recursos, facilitados por las mismas compañías mediante supuestos

préstamos forzosos o cobros por venta de seguridad y garantías. Las compañías siempre alegaron que se vieron obligadas a hacer tales pagos, pero lo cierto es que promovieron que esa zona fuera controlada por fuerzas amigas, y no por las tropas carrancistas.

Félix Díaz y Peláez no fueron los únicos miembros de la clase alta que lucharon con las armas en la mano contra Carranza y la Constitución de 1917. Lo mismo hicieron los finqueros de Chiapas, quienes se lanzaron a la lucha tan pronto como los constitucionalistas quisieron imponer algunas reformas sociales en el estado.

Esto sucedió a finales de 1914. A los rebeldes se les conoció desde entonces como “los mapaches”. Su líder era Tiburcio Fernández Ruiz, y operaban en la cuenca del río Grijalba, en la zona baja del estado. Menos de dos años después, un levantamiento sacudió la zona alta de la entidad: Ocosingo y San Cristóbal de Las Casas, encabezado por el acaudalado propietario Alberto Pineda.

El último grupo importante que sostuvo una lucha similar fue el formado por “los soberanistas” de Oaxaca, quienes a mediados de 1915 declararon la guerra al constitucionalismo cuando éste pretendió controlar el estado. De hecho, este ejército soberanista estaba formado por dos grupos: el de los serranos zapotecos, con Guillermo Meixueiro a la cabeza, y el de los mixtecos, con José Inés Dávila al frente.

A diferencia de los Félix Díaz y Peláez, que eran mucho más profesionales, los ejércitos contrarrevolu-

cionarios en Chiapas y Oaxaca eran más decimonónicos, con caudillos y caciques al frente de tropas formadas por pueblos de indios y por acasillados.

Como ya se mencionó, también los villistas y los zapatistas se mantuvieron en lucha. Para principios de 1917 los norteños habían recuperado bastante popularidad, debido a su ataque a la población norteamericana de Columbus y a su proeza de haber burlado a la expedición punitiva.

Además de por el incremento de sus militantes, el villismo se vio favorecido en 1917 por las limitaciones y fallas del ejército carrancista, claramente manifestadas en la pugna entre Jacinto Treviño y Francisco Murguía. El año de 1918 fue de declive, razón por la cual a fines del mismo penetró al país el general Felipe Ángeles con el objetivo de unificar a los villistas con otros rebeldes y para lograr allegarles la simpatía del gobierno norteamericano.

Además de fracasar en su intento, Ángeles fue aprehendido y fusilado en 1919. En abril de ese mismo año había muerto Zapata en una emboscada que le pusieron fuerzas del gobierno. Esto podría dar lugar a pensar, con justa razón, que Carranza progresaba en su labor pacificadora. La economía también adquiría colores más promisorios. Sin embargo, entonces sobrevino una terrible crisis política que en menos de un año acabó con don Venustiano y, de paso, con otra fase más de la Revolución Mexicana.

La caída de Carranza

HABIENDO ANALIZADO LA problemática económica y militar de los años 1917 a 1919, conviene ahora examinar las cuestiones políticas e internacionales. Puede decirse que debido a problemas de toda índole —económicos, militares y políticos— no resueltos para 1919 y 1920, cayó estrepitosamente el gobierno de Carranza.

La cuestión internacional fue especialmente difícil durante la gestión presidencial de Carranza. La causa de esto fue el ingreso de Estados Unidos a la guerra europea en los primeros meses de 1917. Obviamente, tan pronto entró en la contienda, el gobierno de Wilson intentó forzar a don Venustiano a que tomara partido por los aliados.

Don Venustiano tomó una decisión aparentemente desafiante y peligrosa: mantenerse absolutamente neutral. Esto provocó el enojo de los norteamericanos, quienes comenzaron a acusar a Carranza de ser germanófilo. La base principal de este cargo fue “el

telegrama Zimmerman”, por el que Alemania propuso a México una disparatada alianza: le daría algún apoyo —insignificante, por cierto— para que emprendiera una guerra con sus vecinos del norte, a efecto de recuperar los territorios perdidos en el siglo XIX.

Es muy discutible la supuesta germanofilia de Carranza. Más bien era un recurso político que utilizó formidablemente. Obligó con ello a Estados Unidos a tratar en mejores términos a México, dado el peligro de que éste pudiera, en verdad, aliarse al Kaiser. Como es evidente, don Venustiano jamás llegó a hacer esto; seguramente ni siquiera lo pensó. La misma Alemania no estaba en condiciones de ayudarlo, aunque sí muy interesada en que México le causara molestias y preocupaciones a Estados Unidos.

Otra cuestión a discutir son las probables ventajas que pudo haber obtenido el país de haberse aliado a Estados Unidos en este asunto. El neutralismo aliado a Carranza obligó a Wilson a tratarlo bien, pero con reservas y con acumulación de resentimiento. Su apoyo, en cambio, le hubiera traído ventajas económicas inmediatas, aunque a riesgo de poner en entredicho la soberanía nacional.

Era claro que el peligro estaría, sobre todo, a mediano plazo. Carranza sabía que mientras subsistiera la guerra en Europa nuestros vecinos evitarían al máximo complicarse la existencia a causa de México. Es más, así debe explicarse la retirada de la fracasada

“expedición punitiva”. Pershing pasó, en cosa de semanas, de Chihuahua al frente francés.

El problema de fondo era la actitud que asumiría Wilson hacia México una vez terminada la guerra. Había el peligro de severas represalias por su posición neutral. Es claro que la gran campaña de desprestigio internacional, iniciada en 1919 por el senador republicano Albert Fall, es el ejemplo extremo de esta posibilidad. Fall acusó al gobierno mexicano de ser progermano y bolchevique, y solicitó insistentemente el retiro del reconocimiento y de otro tipo de apoyos a don Venustiano.

Para fortuna de éste, Woodrow Wilson era más respetuoso, y más sensato. Sabedor de que en 1920 Carranza habría de ser sustituido, optó por esperar y dejar que el pueblo mexicano eligiera un nuevo presidente en lugar de involucrarse en los peligros que implica desestabilizar cualquier gobierno. Eso sí, al presidente entrante, como al mismo Carranza, le seguiría haciendo todo tipo de presiones diplomáticas para que no se afectaran los intereses norteamericanos por la aplicación de algunos preceptos constitucionales.

A esta difícil situación internacional se vino a sumar una tremenda crisis política, debido a lo problemático de la sucesión presidencial. De hecho, éste era asunto que venía arrastrándose desde 1917, cuando Carranza tomó la presidencia constitucional del país, por lo que tuvieron que postergar sus aspiraciones Álvaro Obregón y Pablo González.

Desde entonces se sabía, sin embargo, que ambos lucharían al máximo en 1920 por la presidencia y que uno de los dos habría de suceder a don Venustiano. La duda se reducía a saber cuál de ellos sería el elegido. Obregón contaba con el apoyo de buena parte de la opinión pública; González tenía, a su vez, la preferencia de Carranza; ambos contaban con el apoyo de sectores del ejército.

Desde 1917 Obregón demostró tener mejor juicio político que González. Previendo las dificultades que habría de encontrar el gobierno carrancista, decidió no participar en él, retirándose a su natal Sonora, donde se dedicó a cultivar relaciones con Estados Unidos, a enriquecerse desorbitadamente y a diseñar las alianzas políticas más útiles, todo con el fin de lograr la ansiada presidencia.

Por su parte, González se enfrascó en una guerra que, evidentemente, no habría de traerle sino derrotas y desprestigio. Su campaña contra los zapatistas de Morelos y, sobre todo, la forma en que murió Zapata, le resultaron muy contraproducentes políticamente. Es cierto que podría argumentarse que, igualmente, Obregón había derrotado al popularísimo Villa en 1915. Sin embargo, ésta fue una lucha formal, de ejército contra ejército; la otra fue, simplemente, una guerra de ocupación y represión contra campesinos, muchos de ellos pacíficos.

Hasta mediados de 1919 la opinión pública aseguraba que uno de los dos sería el próximo presidente.

Para muchos la delantera la llevaba González, por el apoyo oficial, hasta que Obregón lanzó su autocandidatura en un manifiesto en el que criticaba las corrientes conservatistas dentro del gobierno carrancista.

Carranza intentó frenar el “futurismo” que esta declaración lógicamente provocaría. Sin embargo, comenzaron a actuar abiertamente los grupos obregonistas, los que se vieron enriquecidos por la simpatía, el apoyo y la participación activa de políticos recientemente enemistados con don Venustiano, principalmente por motivos electorales en varios estados del país.

Por su parte, los gonzalistas no podían obrar de igual manera. Dado que formaban parte de la administración, la disciplina los obligaba a mantenerse absolutamente quietos, en espera de “señales políticas” sobre cuándo podían empezar su campaña. Principalmente González tenía que esperar el visto bueno de Carranza, para ver si actuaba como candidato oficial o como candidato independiente. Esto era clave, pues implicaba diferencias en cuanto a recursos económicos, apoyos políticos, principios ideológicos, objetivos de gobierno, etcétera.

Para sorpresa de todos, Carranza decidió no apoyar a González. El argumento utilizado fue que, como ambos gozaban de simpatías en el ejército, cualquiera que fuera el resultado de las elecciones éstas terminarían en otra contienda armada. Fue así como cundió la idea de apoyar un gobierno “civilista”. Seguramente

el temor de que Carranza era fundado, pero también era probable que se rebelaran los gonzalistas si don Venustiano no apoyaba a don Pablo.

Acaso la decisión de Carranza tenía otros motivos. Él mejor, que nadie, conocía las limitaciones de González como militar y como político, lo que hacía poco probable, o en todo caso poco amenazadora, su rebelión. Además, don Pablo no contaba con el apoyo de la opinión pública ni continuaría su política nacionalista, que era lo máspreciado para Carranza. Por si esto fuera poco, González gozaba de muy mala fama en cuanto a honradez pública. Todo esto lo descalificaba como su candidato.

Por su parte, el que Carranza pudiera apoyar a Obregón contra González era simplemente impensable. Su relación era peor que mala desde, cuando menos, 1916. Don Venustiano sabía que “el manco sonorenses” no le guardaría ninguna deferencia. Sus políticas serían modificadas; sus grupos, desplazados.

La opción tomada por Carranza fue heredar el puesto a un civil llamado Ignacio Bonillas, el que inmediatamente fue acusado de no ser conocido en el país y de no ser mexicano por nacimiento. Es más, hubo gente que aseguró que esto último lo sabía don Venustiano y que lo aprovecharía después de las elecciones para descalificar a Bonillas y permanecer en el puesto.

La verdad es otra. Bonillas siempre había gozado de la absoluta confianza de Carranza y coincidía con éste en la postura nacionalista. Además, era sonorenses

y amigo de Obregón, lo que tal vez podría dar lugar a reducir los apoyos que éste pudiera tener para la campaña y para la elección.

Como quiera que haya sido, la nula popularidad de Bonillas obligó a que el grupo carrancista llevara a cabo un típica campaña impositiva. Por un lado, grandes recursos y facilidades; por el otro lado, obstaculizar al máximo a los esfuerzos de los candidatos independientes, especialmente a Obregón, a quien Carranza temía. A Pablo González lo despreciaba; más bien dicho, sabía perfectamente de sus pocos alcances.

El afán impositiva se centró en Sonora, a donde Carranza decidió enviar numerosas fuerzas militares de lealtad indudable. Al mismo tiempo buscó inutilizar a Obregón, complicándolo en un delito de rebelión, lo que legalmente le impediría ocupar el puesto en caso de que triunfara en las elecciones.

Carranza no calculó la capacidad de respuesta de los sonorenses. En tanto que su campaña había sido “civilista”, para 1920 ya no contaba con el apoyo de las fuerzas armadas, la mayoría de las cuales veía en Obregón a su caudillo natural. Además, había muchos rebeldes aún en armas, los que negociaron su futura amnistía con los sonorenses, en tanto colaboraban a derrocar por las armas a Carranza.

Esto último no fue difícil. El proceso duró de mediados de abril a principios de mayo y se le conoce como la Revuelta de Agua Prieta. Las consecuencias de

esta rapidísima e incruenta lucha son enormes: cayó el gobierno de Carranza, muriendo éste; tomaron el poder los sonorenses y, principalmente, se inició una nueva etapa histórica en el proceso evolutivo del Estado mexicano contemporáneo.

Las causas de la caída de Carranza fueron varias; en general podría decirse que, aunque logró mucho en lo referente a la pacificación, había varios alzados en armas para 1920; asimismo, aunque en proceso de recuperación, la economía del país aún estaba entonces en una profunda crisis. Más grave todavía: Estados Unidos apoyó, sin inmiscuirse muy directamente, su caída. Sobre todo, para 1919 y 1920 don Venustiano no había podido obtener amplias bases sociales de apoyo a su gobierno debido a que su proyecto no las incluía.

Para colmo, Carranza cometió graves errores de cálculo político, lo que sorprende dada su experiencia. Sabía con certeza que Obregón se levantaría en armas si no resultaba triunfador pero hubiera tenido oportunidad de vencerlo si hubiera apoyado a González, quien le aportaría una considerable fuerza militar. Al apoyar a Bonillas se quedó sin elementos para enfrentarse a Obregón. Los militares gonzalistas jamás hubieran peleado por un candidato que no fuera don Pablo; es más, prefirieron aliarse a los sonorenses, lo que hizo más rápida y estrepitosa su caída. Don Venustiano optó por el “civilismo” cuando las fuerzas armadas eran el principal factor de poder.

Consecuencias básicas de la década revolucionaria

CON LA MUERTE DE Carranza concluye este estudio de los sucesos más importantes de la Revolución Mexicana. El periodo abarcado fue de la década de 1910 a 1920, bajo la perspectiva de la historia sociopolítica. Para concluir, se intentará hacer una evolución, general y sintética de lo que significó la Revolución Mexicana durante su periodo de dirección “coahuilense”.

Esta etapa puede ser personificada con dos caudillos: Madero y Carranza. Obviamente, entre ellos hubo enormes diferencias y de ninguna manera se pretende afirmar que sus respectivos momentos impliquen continuidad total. Todo lo contrario, parece que ambos encabezaron dos etapas de la Revolución claramente distinguibles. Sin embargo, son mayores las diferencias que los separan de los rebeldes de Agua Prieta, causantes de la llegada de los sonorenses al poder a mediados de 1920, por lo que pueden ser vistos como partes de una unidad histórica.

Las principales diferencias descansan en las clases sociales dirigentes y en las bases sociales que respaldaron a cada uno de ambos caudillos. Por lo que se refiere a Madero, su origen social, el de varios miembros de su gabinete y el de los más destacados gobernadores, demuestran que su gobierno estuvo considerablemente controlado por miembros de la clase alta del norte del país.

Las bases sociales de apoyo a su gobierno no desentonaron con esto. Si bien por un lado recibió el respaldo de algunos de los participantes en la lucha contra Díaz, a través de los nuevos cuerpos rurales creados en Sonora, Chihuahua, Coahuila y Durango, por el otro sostuvo dura lucha contra los campesinos zapatistas y orozquistas.

No debe olvidarse que, en última instancia, Madero gobernó apoyado en instituciones netamente porfiristas, tales como los poderes Legislativo y Judicial, la burocracia y el ejército federal. Así haya sido derrocado por éste, con el aplauso de la oligarquía y los intereses extranjeros, su gobierno fue de hacendados. Es cierto que no era semirracista, como lo fue el de don Porfirio. Sin embargo, el de Madero, aunque paternalista e ilustrado, nunca dejó de ser el gobierno de un hacendado.

El periodo de Carranza tiene varias diferencias. Por principio de cuentas don Venustiano no pertenecía, ni remotamente, a una familia tan rica e importante como la de Madero. Los Carranza eran sólo medianos

propietarios, según los cánones norteños, de la región de Cuatro Ciénegas, Coahuila. Más aún, más que dedicado a sus propiedades agrícolas, don Venustiano se dedicó desde temprana edad a la política estatal, apoyado por don Miguel Cárdenas, gobernador reyista de la entidad.

Además, los Carranza no tenían otra riqueza que sus medianas propiedades rurales. Los Madero poseían tierras, vinaterías, industrias, bancos e incluso la única fundidora de nacionales en todo el noroeste. Si por un lado competían económicamente con la familia Terrazas, por el otro guardaban excelentes relaciones con el círculo financiero porfirista, en concreto, con Limantour.

Estas considerables diferencias sociales se manifestaron, obviamente, en sus movimientos revolucionarios y en sus gobiernos. Por lo que respecta a la lucha armada, la etapa iniciada en 1913 ya no fue acaudillada por los grandes hacendados. Recuérdese que en Sonora, por ejemplo, los Obregón, Alvarado, Calles y Hill, entre otros, sustituyeron a Maytorena; en Coahuila, el lugar de Madero lo detentó Carranza, apoyado por gente como su hermano Jesús, Jacinto Treviño, Francisco Coss y Pablo González.

Esa creciente participación de nuevos sectores de la clase media también se hizo notar entre los colaboradores civiles y los ideólogos. No es lo mismo Fernando Iglesias Calderón, de distinguida prosapia social, que Luis Cabrera o Félix Palavicini, por ejemplo.

Las mismas diferencias pueden apreciarse entre un Rafael Hernández y un Pastor Rouaix.

En resumen, puede asegurarse que la revolución constitucionalista incorporó a muchísimos miembros de la clase media para los puestos de mando, aunque es innegable que mantuvo cierta representatividad la aristocracia rural, como es el caso del potosino Juan Barragán.

Algo similar pasó con las clases populares. En la época maderista sólo tuvieron funciones militares y casi siempre subordinadas a líderes y políticos de otras clases. Aquí se encuentra parte de las causas que para rebelarse tuvieron los zapatistas y los orozquistas. Con Carranza, si bien nunca se tuvo una revolución o un gobierno populares, Villa, Diéguez, Jara, Rojas y los Arrieta, entre otros, alcanzaron los más altos puestos militares y políticos.

Aunque don Venustiano peleó contra los principales grupos campesinos y reprimió a importantes núcleos obreros a partir de 1915 y 1916, durante su gobierno, estas clases lograron sus más altas conquistas jurídicas en la historia del país. Además, para su represión no se valió del viejo ejército federal sino de un nuevo ejército, formado también por campesinos y obreros. Fue, en todo caso, una lucha entre una facción encabezada por burgueses y miembros de la clase media aliados a grupos de origen social bajo contra grupos populares que incluían también a algunos miembros de las clases media y alta.

No fue sino hasta 1920 cuando estos grupos populares dejaron de ser objeto de represión. Esto es, fueron considerados como parte integrante del gobierno posrevolucionario hasta que se sujetaron al dominio de la clase media. Fue con la llegada de los sonorenses al poder nacional que estos grupos pasaron a ser importantes bases sociopolíticas del gobierno por primera vez en toda la historia nacional. Fueron estos mismos sonorenses los que también enfrentaron y derrotaron a los terratenientes, arrancándoles el liderazgo. Primero a nivel local, contra Maytorena; luego a nivel nacional, contra Carranza.

Estas son las mayores diferencias entre las etapas “coahuilense” y “sonorense” de la Revolución. Sus consecuencias fueron tan significativas que incluso puede hablarse de dos tipos de Estado. Gracias a la lucha revolucionaria se dio la transición del gobierno oligárquico porfirista a uno que podría considerarse “populista”, de uno antiguo a uno moderno.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo
**Secretario de Prevención,
Atención y Seguridad Universitaria**

Dra. Mónica González Contró
Abogada General

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo
Director General de Comunicación Social



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
Gonzalo Celorio
Director

Alejandro Higashi
Representante Académico
del Gabinete Editorial



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General



PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Director

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario General

Lic. Moisés Vázquez Tapia

Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario Académico

Mtra. Angélica Garcilazo Galnares

Secretaria Docente

Mtra. Rebeca Rosado Rostro

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Mtra. Berenice Castillo González

Secretaria de Atención a la Comunidad

Ing. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnica del Siladin

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Seguimiento y Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández

Jefa del Depto. de Comunicación

Mtro. Edgar Mena López

Jefe del Depto. de Impresiones

El
Estado Moderno y
la Revolución Mexicana (1910-
1920) de Javier Garciadiego, un
título de la colección **La Academia
para Jóvenes**, del Colegio de Ciencias y
Humanidades Plantel Naucalpan de la UNAM,
se terminó de imprimir en enero de 2019 en los
talleres del Plantel Naucalpan, Calzada de los Remedios,
núm. 10, colonia Bosque de los Remedios, CP 53400,
Naucalpan de Juárez, Estado de México.

La edición consta de 500 ejemplares con impresión
offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los
interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia Joanna MT STD.

La formación estuvo a cargo de Édgar Mena y Julia
Michel Ollin Xanat Morales.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Keshava R. Quintanar Cano y el autor.

La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato, interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la amplia diversidad de sus intereses juveniles.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua

La Academia para Jóvenes

